

EL SECRETO DE GANIMEDES

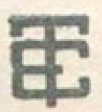
VIC ADAMS

Colección ESPACIO

El secreto de Ganimedes

POR

VIC ADAMS



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Depósito legal: B 9395 - 1960

Núm. de Registro: 2467 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona



CAPÍTULO I

Mike Jacobs se deslizó por la esclusa del carguero, acomodándose como mejor pudo en la estrecha cabina del transbordador que le llevaría a la estación satélite.

-¿De vacaciones? -interrogó sin curiosidad, por pura rutina, el piloto, un joven de tez sonrosada y simpáticos ojos azules.

-¡Hum! -fue su respuesta. El otro se dedicó a vigilar la maniobra de despegue, ligeramente malhumorado ante la escasa locuacidad del pasajero.

Y sin embargo, Mike no estaba descontento ni mucho menos.

Había llegado su ansiada oportunidad de abandonar la monotonía del trayecto Tierra-Luna y, a pesar de que no iba precisamente de vacaciones como el otro había supuesto, ni el nuevo empleo era lo que él hubiera deseado, por algo se empegaba.

Se dedicó, pues, a mirar a través del tragaluz de plástico, sin apenas ver, por la fuerza de la costumbre, la escena del exterior. Detrás suyo quedaba la esbelta silueta del *Leviathan*, a cuya plantilla perteneciera hasta pocas horas antes; no era un aparato nuevo, ni mucho menos, si bien al ser construido se le tuvo por el compendio de todos los conocimientos sobre navegación espacial de la época. Pero de ello hacía más de diez años y ahora resultaba ya poco menos que una pieza de museo, apenas buena para otra cosa que el desguace.

El colosal globo de la Tierra, con sus franjas de nubes aparentemente inmóviles, desapareció tras la mole de la estación, desde la que salieron dos ondulantes serpientes de plástico que, con un chasquido metálico, hicieron presa con sus ventosas magnéticas en la parte superior del transbordador.

Diestramente manejados, los cables fueron tirando poco a poco del vehículo hasta dejarlo alojado en una oquedad a la que ajustaba perfectamente. El piloto esperó unos segundos a recibir la indicación de que todo iba bien y, abandonando su asiento, abrió la compuerta de salida situada en el techo. Mike pasó por ella, notando en los músculos de sus poco acostumbradas piernas el tirón de la gravedad artificial creada por la rotación del satélite.

-Gracias -se despidió secamente del piloto. Éste se quedó mirándole mientras salía del estrecho corredor.

-No hay de qué, amigo. Vuelva cuando quiera...

Apenas traspuesta la cámara estanca le salió al paso un hombre de aproximadamente su misma edad.

-¿El teniente Jacobs? -y ante su gesto afirmativo, hizo ademán de tomarte el poco voluminoso saco de mano que constituía todo su equipaje-. ¿Necesita alguna cosa más para el viaje, señor? Si no es así, tengo órdenes de conducirle inmediatamente a bordo. Falta únicamente usted para la salida y ya nos hemos retrasado casi un día por esperarle.

-No fue mía la culpa -sonrió Jacobs.

-Lo sé, señor. Nada más lejos de mi intención que reprocharle...

-No tiene importancia; ¿cómo te llamas? ¡Ah! Y te agradeceré que me tutees. Es mi costumbre. MI nombre es Mike.

-Gracias, señor..., digo, Mike -una amplia sonrisa se extendió por su rostro-. Stevens, Mark Stevens, primer mecánico. ¿Nos vamos?

-Si. No necesito nada de aquí.

* * *

El *Shangaroo* era una modernísima nave de pasaje y carga. Visto de cerca, su aspecto resultaba imponente con sus más de trescientos metros de longitud y formas estilizadas, casi aerodinámicas, aunque estaba construido para no entrar jamás en una atmósfera. A ambos lados, separados del fuselaje por un complejo sistema de vigas y cables, podían verse los enormes reactores gemelos con sus depósitos de combustible, que daban al colosal aparato el formidable empuje necesario para trasladarle a las enormes distancias de su recorrido habitual: la línea regular Tierra-Marte-Tierra.

Inmediatamente después de su llegada, Jacobs fue requerido para presentarse en la sala de derrota. Y minutos después, sentía sobre su cuerpo acomodado en el sillón especial, como la enorme gravedad de la aceleración le hacía vivir mil muertes durante unos instantes. Luego se fue reduciendo paulatinamente, hasta desaparecer la opresión. Habían alcanzado la velocidad de crucero.

Sin haber tenido tiempo de presentarse a ninguno de sus compañeros, salió con ellos a una orden del capitán, que haría la primera guardia. Ya en la reducida habitación que les servía de alojamiento, Stevens le introdujo.

-Hansen, nuestro flamante astrogador -un gigantesco noruego con cara de niño le estrechó calurosamente la mano-. Miles, el único radiotelegrafista pelirrojo de la Compañía. Chuck, que sabe hacerlo todo, pero que ignora su nombre verdadero; necesita mirar la tarjeta de identidad cada vez que se lo preguntan. Hasta que tenga que suplir a alguno de los demás, es nuestro cocinero, camarero y enlace con los pasajeros. ¡Ah! Es el más flaco del Sistema Solar; antes, creo que se exhibía en un circo... -aquí acabaron las presentaciones, pues tuvo que salir de estampida, perseguido por el colérico Chuck.

Mike se disculpó con los demás y, tumbándose en una litera alegando estar cansado, se entregó a sus reflexiones, mientras ellos charlaban y jugaban a los naipes.

Había sido una verdadera suerte encontrar esta oportunidad de salirse del tedioso servicio de transportes a la Luna. La paga allí era buena, no podía negarse, pero las posibilidades de ascenso eran casi nulas, mientras que aquí el limite estaba prácticamente en el infinito... si un nuevo tropiezo no le volvía a lanzar definitivamente a tierra firme... si aquel maldito asunto en que él no había tenido la menor culpa...

-¡Teniente Jacobs! ¡Preséntese inmediatamente en la sala de control! -tronó un tornavoz instalado en el techo. Cachazudamente, Mike dejó sus pensamientos para otra ocasión y salió, seguido por las curiosas miradas de sus compañeros.

-¿Qué querrá...? -el resto de la frase no llegó a sus oídos.

El capitán estaba de espaldas a él, inclinado sobre el tablero de mandos. Mike cerró cuidadosamente la puerta tras de sí, según prescribían las ordenanzas, anunciando, al tiempo que se erguía en toda su estatura:

-¡El teniente Míchael Jacobs se presenta, señor!

El otro se volvió lentamente. Mike sintió corno un vigoroso puñetazo en el estómago, al tiempo que palidecía intensamente. ¡Tan mala suerte no podía haberle cabido a él! ¡El propio Sam Gibson, de capitán!

-¿Sorprendido? -interrogó el otro-. Pues vas a tenerme que soportar durante algún tiempo. El viaje es largo.

-¿Deseaba alguna cosa, señor? -Mike estaba recuperando rápidamente su sangre fría habitual.

-Si. Hablar un poco contigo... para decirte que ya una vez te eché de la Compañía, y que no descansaré hasta conseguirlo de nuevo -mientras hablaba había ido acercándose y, sin previo aviso, levantó una mano, abofeteándote brutalmente- ¡Cretino!

Jacobs no alteró lo más mínimo su rígida expresión, a pesar del violento escozor que sentía en el rostro.

-¿Alguna otra orden, capitán? -como si nada hubiera pasado.

-¡Ésta! -el amenazador ademán quedó esta vez cortado en el aire por el brazo izquierdo de Mike, mientras el derecho efectuaba un rápido movimiento ascensional. Gibson salió despedido hacia atrás, hasta tropezar su espalda contra un mamparo. Allí se quedó semiinconsciente, mientras Jacobs, sin descomponer la figura un solo momento, daba media vuelta, desapareciendo por el estrecho pasillo.

Antes de cerrar la puerta, advirtió educadamente:

-Los asuntos personales se tratan al margen del servicio, capitán.

* * *

Los días transcurrían lentamente durante el largo viaje. Sam Gibson llevaba de coronilla a sus subordinados, dando absurdas órdenes con las que pretendía disimular su incompetencia, no desperdiciando ocasión de demostrar la fortaleza de sus puños a los tripulantes, y la gallarda apostura varonil de su cultivado cuerpo a las escasas mujeres del pasaje. Se tenía por un formidable conquistador ante quien todas las damas debían rendirse irremisiblemente, y la más mínima resistencia en este sentido le ponía frenético por la falta de costumbre.

Aquella vez parecía haber encontrado la horma de su zapato.

Sheila Gates, hermosa rubia de ojos color esmeralda, que acompañaba a Marte a otro pasajero, el geólogo profesor Potter, en calidad de médico en la expedición que éste iba a dirigir hacia el extremo sur de la Gran Sirte en busca de las ruinas de una ciudad que, al parecer, habían sido descubiertas desde el aire, no se dejaba querer fácilmente y más bien parecía sentirse atraída por la compañía del teniente Jacobs que por la del gallardo comandante de la nave. Consecuencia: los puños de su rival eran muy duros y, aunque aguardaba con impaciencia la revancha, procuraba descargar entre tanto su despecho en los demás: especialmente el miembro de inferior categoría, el pobre Chuck, se veía continuamente acosado con su persecución.

La explosión debía producirse forzosamente con todos estos ingredientes. Pero gracias a la mediación de Mike Jacobs, que procuraba recibir siempre en sus amplias espaldas todos los golpes, se

iba posponiendo la tormenta. Cierto día, apenas transcurridas veinte jornadas desde que se iniciara el viaje, pudo estallar, oficiando de pararrayos un elemento ajeno a ellos mismos.

Gibson tenia varios espías entre la tripulación. Serviles y rastreros, no perdían oportunidad de aproximarse al capitán con algún soplo, incluso mintiendo o disimulando la verdad descaradamente, y a quienes todos los demás hacían el vacío por ello mismo. Bill Travis, Joe Milton y Cass Welt que eran estos despreciables individuos, a quienes Jacobs no tuviera ocasión de conocer al principio por hallarse prestando servicio en otras partes de la nave. Y fue Milton quien comunicó al capitán que en la bodega de carga había un polizón, agregando maliciosamente que no podía haberse introducido a bordo sino mediante la complicidad de algún tripulante... tal vez Chuck.

El capitán montó en cólera, según tenía últimamente por costumbre.

-¡Teniente Jacobs! -rugió por el altavoz que esparcía sus palabras por todos los rincones del inmenso transporte-. ¡Preséntese en el acto ante el capitán!

Mike dejó con pena la agradable compañía de la señorita Gates para obedecer el terminante requerimiento.

-¡Escoja tres hombres bien armados y vayan a la bodega número tres! Parece que hay allí un polizón oculto y puede ser peligroso al verse descubierto. Milton les guiará.

-Sí, señor -inmediatamente procedió a seleccionar a los que habían de acompañarle: Hansen, Miles y Stevens, los hombres en quien mayor confianza tenía depositada, le seguían cinco minutos después hacia la bodega, provistos de pistolas como él mismo. Milton les precedía algunos metros... hasta llegar a su destino. Allí buscó la retaguardia, alegando que no iba armado.

El teniente abrió la pesada puerta de acero y, sin titubear, penetró en la bodega. En voz alta se dirigió al polizón.

-¡Sal de ahí, muchacho! ¡No te va a ocurrir nada!

Un hombre salió a los pocos segundos de entre una pila de cajas. Sin manifestar temor alguno, pasó junto a Mike, saliendo al bien Iluminado pasillo, dirigiendo una desafiante mirada a los hombres armados, hasta detenerse en Milton, que procuraba ocultarse tras el amplio corpachón del noruego.

-¡Canalla, traidor! -escupió despectivamente, sin hacer ademán agresivo alguno pese a que su corpulencia no tenía nada que envidiar a la del propio Hansen. Jacobs, que había salido tras él, se quedó con la boca abierta al reconocerle.

-¡Jerry Armstrong! -una profunda alegría al encontrar al viejo camarada de otros tiempos, fue inmediatamente sustituida por la pena al verle en semejante situación. Tal vez el mejor piloto y técnico electrónico del Sistema Solar, sorprendido de polizón en la ruta de Marte. Su astroso vestido mostraba bien a las claras la precaria situación de quien lo llevaba.

El joven, al oír su nombre, se volvió como una exhalación.

-¡Mike! -olvidada por unos instantes su comprometida situación, arremetió contra el teniente, estrechándole en un abrazo de oso-. ¿Qué haces aquí, granuja?

-Ya lo ves -sonrió con amargura-. Arrestarte para llevarte a presencia del capitán... Samuel Gibson.

-¡Noooo! -abatido, se retiró unos pasos. Y mientras caminaban por los estrechos pasadizos, preguntó al teniente-: ¿Cómo has venido a enrolarte aquí... y precisamente a las órdenes de ese... -una significativa mirada atajó el epíteto que había estado a punto de soltar -capitán Gibson?

-De igual forma que tú. Cuando me enteré, ya no podía volverme atrás -en voz baja agregó-: No hables nada hasta que yo te diga quiénes son sus satélites. Inmediatamente se enteraría y eso no podría menos que empeorar aún más tu situación.

En silencio continuaron hasta la cabina del capitán, quien montó en cólera al reconocer al preso.

-¡Vaya, vaya! -dijo sardónicamente, mientras dirigía una significativa mirada hacia Jacobs-. Parece que los dos inseparables están juntos otra vez. Teniente, ¿no será usted mismo quien...?

-Capitán Gibson -le interrumpió el aludido con aspereza-. Le ruego guarde sus comentarios para cuando tenga pruebas de lo que dice. Si las meras sospechas son suficientes pruebas para usted, tiene autoridad suficiente para actuar según lo ordenado en estos casos.

La presencia de los demás tripulantes le hizo tragar la agria respuesta. Conteniéndose, murmuró:

-Está usted en lo cierto, teniente. No puedo actuar por falta de pruebas, pero no dude que procuraré encontrarlas y ¡ay de ustedes dos, si las consigo! ¡Enciérrenle en el calabozo!

CAPÍTULO II

El calabozo donde fue confinado Jerry Armstrong era un cubículo con apenas el espacio suficiente para dar dos pasos por lado. El teniente Jacobs tuvo buen cuidado de no acercarse a él, si bien mantenían estrecho contacto a través de los demás tripulantes de confianza, quienes, a espaldas de Gibson y sus espías, procuraban hacerle la estancia allí lo más cómoda posible, dadas las circunstancias. Pero la serie de furtivas visitas no podía pasar eternamente inadvertida y, por fin, Milton, que daba ciento y raya a sus compinches, pudo sorprender al bueno de Chuck en una de ellas. Inmediatamente puso el hecho en conocimiento del enfurecido capitán.

-Lo siento de veras -murmuró éste-. Traedme a los dos. Hubiera preferido que fuera el tenientillo, pero de todas formas voy a demostrar a esos insubordinados quién manda aquí, y sabrán lo que les espera.

Fue Mark Stevens el primero en llevar la noticia a Mike Jacobs.

-¿Has visto a Chuck? -le preguntó, entrando en la sala de derrota. Mike estaba de guardia en aquellos momentos.

-No. ¿Por qué? Supongo que estará revisando el inventario. Hace varios días el capitán le dio esa orden, y ya sabes que es un trabajo largo.

-Tengo mis dudas -repuso Mark-. Cuando terminamos de comer me dijo que iba a llevarle unos cigarrillos a Jerry y que luego vendría a verte a ti para no sé qué..., algo que tenía que decirte.

-¿A mí? ¡Ah, sí! Ahora recuerdo... Pues no; no le he visto. ¿Estará todavía con Jerry?

-Eso pensé, y he ido a comprobarlo. La celda está vacía: y no he podido ver a ninguno de los dos por ninguna parte.

Mike mostró su extrañeza.

-¿Habrá sido capaz, ese cretino de Chuck, de dejar salir a Jerry? Sabes que os dije a todos que le ayudarais en lo posible, pero en forma alguna abrirle la puerta. De la nave no puede escapar, y eso

sólo empeoraría su ya delicada situación.

-Pues el hecho cierto es ése. No hay rastro de ninguno de ellos.

El teniente era hombre de resoluciones rápidas, y ahora lo demostró.

-Quédate a cargo de esto. Ahora te mandaré a Hansen para que te ayude. Yo voy a ver qué ha pasado -y rápidamente salió, dirigiéndose a grandes zancadas hacia la celda de castigo.

Mark tenía razón. Jerry había desaparecido sin dejar rastro, y por más que buscó por todas partes, haciendo incluso alguna discreta indagación entre los pasajeros, nadie pudo darle indicios del paradero de los dos hombres. Finalmente optó por encararse directamente con Gibson.

El capitán parecía estar esperándole. Casi antes de que llamara, recibió orden de entrar en su camarote, aunque se hizo el sorprendido al ver ante él a quien debería estar de guardia.

-¿Qué significa esto, teniente? -desde su primera entrevista, de tan ingrato recuerdo para él, Gibson trataba con cierta corrección a Jacobs, si bien no desperdiciaba ocasión para zaherirle-. Su guardia aún no ha terminado.

-Lo sé, señor. He dejado a Stevens y Hansen para que me sustituyan momentáneamente, mientras venía a darle cuenta de una novedad.

-¿De qué se trata? Pudo usted habérmelo dicho por el intercomunicador.

-He querido hacer ciertas indagaciones personalmente, antes. El preso ha desaparecido de su celda. Y ni él ni Chuck parecen estar a bordo.

-¿Qué me dice? -la diabólica sonrisa del capitán confirmó las sospechas que desde un principio había abrigado Mike-. Tienen que estar en algún lado. Ordene a un grupo de hombres que los busquen bien.

-Sé positivamente que ninguno de ellos se ha ocultado por su propia voluntad. Les conozco bien a los dos.

-¿Quiere insinuar, acaso, que han sido raptados... aquí, en la

nave? Eso es absurdo, teniente, y yo creo saber... o mejor dicho, tengo la certeza de lo ocurrido: Chuck, tal vez no por propia iniciativa -la alusión era clara, aunque Mike la dejó pasar-, dejó en libertad a Armstrong y ambos se han ocultado. Sabe usted que esto es muy grande y no resulta difícil hallar un escondrijo...

-¡Capitán Gibson! -saltó Jacobs, no pudiendo contenerse más-. Usted sabe dónde están esos dos hombres. ¡Le exijo que me lo diga en el acto!

-¡Señor Jacobs! -se indignó el capitán-. ¡Si ha olvidado usted los modales que deben emplearse para con un superior, yo no! ¡Vuelva inmediatamente a su puesto y considérese arrestado hasta nueva orden! ¡No tolero insubordinación alguna!

Mike se quedó una milésima de segundo sin saber qué hacer. Pero la situación había llegado a un extremo en que retroceder supondría la imposición por el capitán de sus métodos medievales de mando. Sin pensarlo más se decidió. Gibson se estaba propasando demasiado y ¡a saber lo que habría ideado para castigo de sus dos amigos! En lugar de obedecer adelantó un paso más.

-¡Por última vez, Sam! ¿Dónde están Jerry y Chuck?

El otro vio la cosa mal parada, y como, a pesar de toda su fanfarronería, se sabía inferior tanto física como mentalmente, a su subordinado, optó por una retirada digna.

-Puedes ir por ellos, si quieres, Mike -dijo despectivamente, tuteándole por primera vez desde hacía varias semanas-. Están ahí fuera.

-¿Has sido capaz de mandarlos al exterior? ¿Los has matado?

-No me creas tan salvaje -murmuró Gibson con aire de dignidad ofendida-. Iban provistos de trajes espaciales.

-¿Cuánto tiempo hace?

-Pues... no sé -su tono displicente agudizaba la cólera de Mike, que tenía que hacer grandes esfuerzos para contenerse-. Tal vea unas tres horas...

-¡Asesino! -gritó el teniente. Y de un felino salto se abalanzó sobre él, atenazándole el cuello con ambas manos-. ¿En qué parte del casco están?

-En... en ninguna -gorgoteó el otro casi ahogado, al tiempo que hacía frenéticos esfuerzos por librarse del dogal. Mike aflojó ligeramente la presión para permitirle hablar con mayor facilidad-. Los llevó Milton con el *cutter*. Están anclados a tres millas a babor.

El teniente soltó el cuello del otro y comenzó a golpearle despiadadamente hasta dejarle el rostro convertido en una pulpa sanguinolenta. Cuando lo tuvo inmóvil a sus pies, recordó que tenía algo mucho más urgente que destrozarlo a puñetazos, y sin darle una sola mirada, salió disparado.

Los pequeños aparatos de salvamento, llamados *cutter*, eran fácilmente manejables por un solo hombre. Mike tomó el primero que le vino a mano, lanzándose con él hacia la negra profundidad del espacio, vigilando ansiosamente la pequeña pantalla del radar en busca de los dos puntitos casi imperceptibles, que le señalarían la situación de los hombres.

Lentamente transcurrían los minutos. Solamente la inmensa mole del *Shangaroo* se reflejaba en el esmerilado cristal, mientras los náufragos perecían por sofocación. Gibson los había mandado a una muerte cierta, sabiendo, como todo navegante del espacio, que los pequeños depósitos de aire adosados a los trajes de vacío apenas contenían el suficiente gas para tres horas. ¡Y estas tres horas, si el capitán no había mentido, estaban a punto de transcurrir!

Al fin, luego de lo que a Mike le parecieron interminables horas, pudo localizar a sus amigos, y ya fue entonces cuestión de pocos minutos el que los introdujera dentro de la pequeña embarcación. Gibson no le había mentido, pero sí les había dotado de unos tanques de oxigeno adicionales con que prolongar su agonía durante varias horas más. De ahí que no tuviera prisa alguna en rescatarlos, sabiendo que el aire no les faltaría.

Jerry Armstrong estaba en perfecto estado. Navegante veterano, tomó la precaución, desde el primer momento, de cerrar los ojos, sabiendo lo que le aguardaba en caso contrario. Pero el pobre Chuck estaba completamente destrozado, no en su cuerpo, pero si moralmente. Verse durante varias horas absolutamente abandonado, con todo el universo girando a su alrededor, sin un asidero donde encontrar una ilusión de seguridad, insondables profundidades arriba, abajo, a los lados, era una prueba capaz de derrumbar el espíritu más templado. La agorafobia, temor a los espacios abiertos, se había adueñado de él; completamente desequilibrado, lloraba como una criatura, abrazado convulsivamente a Jerry, quien trataba de

reconfortarle lo mejor posible, sin ningún resultado positivo.

Gibson, con el rostro tumefacto, les aguardaba a la salida de la esclusa, acompañado de sus tres guardaespaldas. Mike se dirigió rectamente a él con los puños apretados.

-¡Lo que has hecho con estos hombres es la canallada más grande que puede darse! No les has matado, es cierto, pero sabes perfectamente que éste -señalando a Chuck, todavía abrazado a su compañero- no volverá a navegar nunca más. Has acabado con él tan completamente como si le hubieras pegado un tiro.

El capitán, sintiéndose seguro con la compañía de sus gorilas, intentó esbozar una despectiva sonrisa.

-Eso te mostrará lo peligroso que es rebelarse contra mis órdenes. Dije bien claramente que ése -refiriéndose a Jerry, que permanecía ajeno a ellos, ocupado solamente en consolar al desgraciado Chuck- debía estar incomunicado hasta que llegáramos a puerto. ¡Y no recuerdo haber hecho excepción alguna!

Dando media vuelta, desapareció por un corredor con sus acompañantes. Mike ayudó a Jerry a transportar a su amigo hasta una de las celdas de castigo. En su situación, lo mejor era mantenerle bien atado y encerrado. Hubiera sido capaz de suicidarse, de puro pánico. Jerry tomó sobre sí la tarea de acompañarle continuamente, sintiéndose ligeramente culpable de su desgracia.

Las malas noticias se extienden con la rapidez del rayo y ésta no fue una excepción. Apenas media hora después, Mike recibía en el cuarto de derrota, donde cumplía su arresto, a Stevens y Hansen, enviados por los restantes miembros de la tripulación como portavoces.

-¿Es cierto lo que se dice? -preguntó Mark sin preámbulos. El teniente quiso quitar importancia a la cosa, haciéndose el ignorante:

-¿Qué es? No sé nada...

-Mira, Mike -Stevens comprendía perfectamente la situación del oficial y no se ofendió con su pretendida ignorancia-. Sabemos perfectamente que, cuando nos dejaste aquí a nosotros, te fuiste a buscar al capitán, deshaciéndote la cara a golpes. Al cabo de media hora reaparecen Jerry y Chuck en la celda de castigo, este último gritando como un loco. ¿Qué les pasó?

-Gibson me dijo donde estaban y fui a buscarles. Les convencí de que lo mejor era volver al calabozo, y como Chuck habla ayudado a Jerry a escapar...

-No nos mientas, Mike. Comprendemos tu penosa situación al no querer oponerte más de lo imprescindible a Gibson: él es el capitán. Pero las cosas han llegado ya a un extremo que no podemos dejar a ese salvaje campando libremente por sus respetos. ¿Dónde estaban Chuck y Armstrong?

Mike se lo dijo. Esperaba seguidamente una explosión de cólera, pero ambos salieron, sin pronunciar palabra, para regresar a continuación con uno de los pasajeros: el profesor Potter. Mark iba hablando con él.

-... y eso es to que hizo, profesor. Usted, como delegado de los pasajeros, ¿qué cree que debemos hacer?

Potter se pasaba pensativamente la mano por la mandíbula. Se veía bien a las claras que no le gustaba en absoluto su misión de portavoz.

-Pues... sí quiere que le hable francamente, señor Stevens, no lo sé. De todas formas, creo que debiera ponerse un freno a la soberbia del capitán; va directamente a provocar un motín.

-El motín ya está provocado. Únicamente queremos que nos aconseje usted sobre lo que opina el pasaje.

-Lo que le he dicho: que hay que acabar con esta situación. Y pienso que la mejor forma es dirigirnos al capitán, planteándole el problema. Que él decida.

Pero Gibson se encastilló en su actitud y no hubo forma de que reconociese la sinrazón de su proceder. Mike tuvo que emplear toda su energía para impedir que los indignados tripulantes destrozaran al capitán y sus tres incondicionales, que ahora no se separaban un solo instante de él.

* * *

Varios días transcurrieron sin que el capitán se dejara apenas

ver. Si tenía que dar alguna orden, llamaba a Mike a su camarote, y con las menos palabras posibles le transmitía sus instrucciones. Prácticamente, el segundo había pasado a comandante de la nave. Chuck, entretanto, parecía irse recuperando, y llegó un momento en que el teniente le creyó eh condiciones de volver al servicio, por lo que le reintegró a sus tareas habituales; Jerry Armstrong gozaba de libertad, ayudando a los tripulantes en algunas pequeñas tareas, y todo parecía haber vuelto a su cauce.

Convertido prácticamente en capitán, Mike se pasaba gran parte del tiempo cumpliendo una de las obligaciones anejas al cargo: acompañando a los pasajeros a la hora de comer y atendiendo luego a todas las reclamaciones y sugerencias que éstos pudieran hacer. Especialmente Sheila Gates le ocupaba todas las horas que otros asuntos te dejaban libres. La muchacha estaba al tanto de lo ocurrido, y cierta tarde manifestó su empeño en que Mike le relatara los acontecimientos. El teniente se excusó como mejor pudo, pero ella le acorraló finalmente.

-Pero veamos, señor Jacobs: ¿por qué no quiere usted decirme lo que ocurrió? Supongo que no será por lealtad al capitán. Todos sabemos lo mal que le ha tratado... incluso en otras ocasiones anteriores.

Mike no pudo ocultar su sorpresa.

-¿También sabe usted eso?

-Sí. Jerry me lo dijo hace pocos días. Él no es como usted, y no oculta el resentimiento que guarda para con el capitán.

-Hizo mal. Esas cosas son agua pasada...

-... que, a pesar de todo, sigue moviendo el molino -completó ella, alterando el conocido refrán-. De no haberse interpuesto Gibson en el camino de ustedes dos, serían muy otras las circunstancias. Jerry tuvo que buscar trabajo en el levantamiento de planos de Mercurio cuando les despidieron de la Compañía; el sueldo era bueno, pero los hombres allí resisten poco: el calor y el frió acaban con su resistencia rápidamente, y tuvo que desertar durante un corto permiso, embarcándose aquí con la complicidad de Milton.... que luego le denunció al capitán. Usted mismo no encontró otro trabajo que el de piloto de tercera clase en un cascarón de transporte de víveres a la Luna. ¡Y aún pretende escudar al causante de todo ello! No lo comprendo.

-Tiene su explicación, Sheila -Mike la llamaba así por primera vea desde que se conocían. Ella no pareció dar importancia a la cuestión-. En los archivos de la Compañía hay un expediente, en el cual se dice que Jerry y yo intentamos raptar a una pasajera; por ese motivo nos despidieron a los dos...

-¡Pero el culpable fue en realidad Gibson! -gritó ella.

-Sí. Pero yo era el capitán, y Jerry mi segundo. Gibson tiene mucha influencia, ya que un tío suyo es el más fuerte accionista de la Compañía. Nosotros, en cambio, no teníamos más méritos que los personales. ¿Quién iba a cargar con las culpas? Era una magnífica ocasión para que un simple segundo piloto, ¡en prácticas aún!, viera eliminados dos obstáculos que se interponían en su carrera, y que además no le toleraban sus jactancias. ¿Qué podíamos hacer nosotros?

-Nada, es cierto. Pero ahora sí pueden hacer. Toda la tripulación está de su lado, e incluso el pasaje les apoyará en lo que puedan. ¿Por qué no acabar con la situación de una vez? Gibson es capaz, con sus barbaridades, de matar a alguien.

-Usted no acaba de comprender la situación, Sheila. Por una afortunada casualidad he logrado introducirme de nuevo en el servicio de pasajeros, y quiero conservar el puesto. Si actúo en contra del capitán, se dirá que lo hago movido por sentimientos de venganza. Gibson tiene junto a él a tres tripulantes que dirán lo que le convenga... y su tío hará el resto.

-¡Eso es cobardía, Mike! ¿No piensa usted que su dignidad de hombre es mucho más valiosa que un simple empleo?

Él se quedó ligeramente avergonzado al escuchar estas palabras. Tenía razón la muchacha. ¿Por qué no seguir los dictados de su conciencia? Bien. Lo pensaría detenidamente, y al día siguiente actuaría según creyera mejor. Así se lo dijo a Sheila.

-Eso me gusta más, Mike. Hay que...

-¡Teniente Jacobs! -la inconfundible voz interrumpió a la joven. Mike se puso en pie, saludando reglamentariamente.

-¡A la orden, capitán!

-Creo recordar, teniente, que en cierta ocasión le ordené que se constituyera en arresto hasta nueva orden; y la nueva orden no ha sido dada. ¿Por qué está usted aquí? -Gibson dejaba ver claramente el

despecho que le producía ver a su enemigo en amistosa conversación con la mujer que él pretendía añadir a la ya larga lista de sus conquistas. Y a él achacaba la resistencia que ella le ofrecía-. ¡Preséntese en el acto en la cámara de derrota, y releve al hombre que esté de servicio!

Mike saludó brevemente y se dispuso a cumplir la orden. Sheila comenzó a levantarse con intención de seguirle.

-¡Sheila! -gritó el capitán, intentando retenerla por un brazo, sin conseguirlo-. ¡Aguarde un momento, tengo que hablar con usted!

-Mi nombre es *señorita Gates* -repuso ella orgullosamente, sin dejar de caminar-, salvo para los amigos. ¡Y prefiero la compañía de éstos a la de usted!

Y dejando al capitán plantado en medio del salón, desapareció por el pasillo que había tomado el teniente. Éste la esperaba poco más adelante.

-No debió usted decirle eso al capitán... señorita Gates. Ahora la tomará con usted.

Ella le miró con aire ofendido.

-Más bien parece ser usted quien la ha tornada conmigo, teniente. Hace un rato me llamaba *Sheila*, y yo creí que éramos amigos.

-Y por mi parte lo somos... Sheila, no lo dude. Aunque, mirándolo bien, yo preferiría... -se interrumpió, ligeramente confuso-. Bien; seamos amigos.

-¿Qué iba a decirme, Mike? -preguntó ella, fingiendo desinterés-. Se ha interrumpido a mitad de la frase...

-Nada de importancia, Sheila... Bien, hemos llegado a la cámara prohibida. Aquí no pueden entrar los pasajeros.

-Hasta la vista, Mike. ¿Cuándo volverá con nosotros?

-No lo sé. Depende de mi comportamiento para con el capitán. Adiós.

CAPÍTULO III

Sam Gibson estaba desesperado. Ninguna de sus argucias había dado los resultados que él esperaba, y su confianza en sí mismo iba mermando a pasos agigantados al ver que el vacío que a él y a su pandilla hacían los tripulantes se unían los pasajeros, eludiéndoles en lo posible. Y para colmo, Sheila Gates había acabado por ignorarle completamente, sin molestarse en guardar las apariencias. Decidido a terminar de una vez con la insostenible situación, se dirigió al encuentro de su rival.

Éste se hallaba cómodamente tumbado en la litera, y cuando el capitán se introdujo en la cámara de derrota, haciendo seña a Hansen para que saliese y cerrando cuidadosamente la puerta tras de sí, ni siquiera se molestó en dirigir la vista hacia él, tomando parsimoniosamente un cigarrillo del paquete que tenía al lado. El capitán no quiso tomar en cuenta el despectivo recibimiento.

-Mike -murmuró, mientras buscaba con la vista un lugar donde sentarse sin dar la espalda al teniente, como hubiera ocurrido de hacerlo en uno de los sillones antiaceleración. El otro ni se molestó en indicárselo-, antes que nada, quiero pedirte perdón por todo lo pasado... absolutamente todo. Soy un necio y me ofusco fácilmente.

-No te molestes, Sam. Estabas en tu derecho al enviar a esos hombres al espacio y también al arrestarme; yo me propasé. Por lo tanto, nada hay que perdonar.

-Quisiera cambiar de conducta -insistió Gibson blandamente-. Hace poco me propusisteis que delegara en ti el mando; en cierto modo lo he estado haciendo unos días y he quedado satisfecho. Era una prueba a que te sometí.

-Ya -repuso Mike con sorna-. Como no tengo experiencia... Prosigue. Por lo visto no te acuerdas de que has estado a mis órdenes en el *Yucatán* durante dos años.

-Dejemos eso, por favor -pidió humildemente-. He venido a rogarte que me ayudes, que seas mi amigo... Estoy dispuesto hasta a cederte el mando de la nave, declarándome yo incapaz...

-... ¿para luego, cuando lleguemos a Marte, decir que capitaneé un motín, destituyéndote? No, gracias. Prefiero vivir tranquilo.

-Te daré todas las seguridades que quieras. Sé que para ti no soy digno de confianza y que...

-Mira, Sam. Nos conocemos mucho tiempo para que vengas ahora con falsos arrepentimientos. Tú quieres algo de mí. Así que habla claramente. ¿De qué se trata?

El capitán quedó un momento cortado. No contaba con que la suspicacia de Mike llegara hasta tales extremos, pero lanzado ya hacía su objetivo, no quiso detenerse.

-Pues, verás -dijo, sonriendo amablemente-. Yo te cedo mis atribuciones y tú, que nunca te has interesado por ninguna mujer, ni poco ni mucho, me dejas el camino libre para con Sheila Gates, ¿hace?

-No -la respuesta fue tan instantánea que hubiera podido creerse que el teniente la tenía preparada de antemano-. Te equivocas de medio a medio si crees que voy a aceptar ese trato, y me parece inverosímil que ni por un solo momento hayas pensado que podría hacerlo. Tu egolatría, por lo visto, te impide reconocer en otros buenas cualidades, y los mides por tu mismo rasero. La señorita Gates es para mi algo más que una amiga... y creo que ella alberga los mismos sentimientos con respecto a mi. Pero, aunque así no fuese, ningún hombre que pretenda ser tratado como tal prestaría oídos ni por un solo instante a parecida proposición. ¡Largo de aquí, miserable! ¡Vas a conseguir que pierda la paciencia!

Y, sin esperar a que el otro empezara a moverse hacia la salida, volvió a adoptar su primitiva posición en la litera, dando parsimoniosas chupadas a su cigarrillo, mientras una sonrisa feliz le iluminaba el rostro.

Minutos después de la salida de Gibson, Mike se levantó a dar un vistazo a los controles. Todo iba bien. Ocurriósele que no le vendría mal un poco de compañía y llamó a la cocina por el teléfono interior.

-Oye, Chuck, tráeme una taza de café, por favor. Y si ves a Jerry, dile que suba también. Quiero charlar con él un rato.

A los pocos segundos, un ligero golpe en la puerta anunció la llegada de Chuck, quien sin esperar a que le autorizasen, entró, cerrando cuidadosamente detrás suyo. Era la primera vez que pisaba la cámara de derrota desde que Gibson le castigara.

Mike se hallaba ocupado en aquellos momentos en trazar el

rumbo de un aerolito que había aparecido en la pantalla de radar, por si convenía alterar ligeramente el de la nave, en evitación de un choque. Un agudo grito a sus espaldas le hizo volverse velozmente, al tiempo que se estrellaba contra el suelo la bandeja que había traído Chuck. El desgraciado tenía los brazos delante de los ojos, corno queriendo evitar la para él aterradora visión del espacio a través de los amplios ventanales de observación. El teniente se aproximó a él, pero apenas le hubo puesto una mano en la espalda con ademán tranquilizador, Chuck se revolvió como una fiera, abalanzándose contra el teniente, golpeándole con manos y pies en un furioso torbellino, que Mike se veía y deseaba para contener. Estrechamente abrazados, rodaron ambos por el suelo. Chuck hincó sus dientes en la mano del segundo. arrancándole un grito de dolor, al tiempo que le arañaba despiadadamente el rostro, haciéndole sangrar; afortunadamente no le acertó en los ojos. Mike devolvía salvajemente los golpes, pero el endeble cocinero parecía haber adquirido repentinamente la fuerza de cien gigantes y encajaba sin pestañear puñetazos que en otras circunstancias le hubieran dejado inconsciente.

Luego de ímprobos esfuerzos, consiguió Mike separarse de él, y ya se incorporaba en busca de algún objeto contundente con que poner fin a la pelea, cuando ésta tuvo un rápido término... para él: un formidable puntapié le acertó de lleno en la mandíbula y ya no supo más.

* * *

Jerry Armstrong había recibido el recado de Mike, y cuando terminó unos pequeños ajustes en una de las conducciones de agua, se dispuso a subir a la cámara de derrota. Rápidamente subía por las estrechas escaleras, cuando de pronto cedió el suelo bajo sus pies, sintiéndose lanzado hacia atrás. Por fortuna la caída desde lo alto fue más aparatosa que dura, y no se hizo gran daño, aunque quedó ligeramente mareado. Al recuperarse estaba pegado contra uno de los paneles del fondo y sentía una fuerte opresión en todo el cuerpo, como sí sobre él gravitase un elefante. Estos síntomas le dieron la clave de lo ocurrido: ¡Estaban acelerando, y no poco! Por lo menos, calculó expertamente, llevaban cinco gravedades. ¿A santo de qué habría hecho eso Mike, y sin avisar? Muy apurada tenía que ser la situación.

Permaneció unos momentos en la misma posición, respirando

angustiosamente, con la esperanza de que pronto decelerarían: cinco o seis segundos a lo sumo. Pero transcurrió cerca de un minuto, y la situación no variaba. ¡Algo grave debía ocurrir! Sin pensarlo más, comenzó a arrastrarse penosamente. Sus noventa kilos se habían convertido de golpe en casi media tonelada, y cada movimiento le costaba un sobrehumano esfuerzo. Finalmente alcanzó la escalera y empezó a subir. Esto era relativamente más fácil, ya que por la dirección de la marcha se le facilitaban las cosas, si tenía la precaución de no soltar las manos, ya que el cuerpo lo tenía completamente en el aire, y hubiera vuelto al lugar de partida. Sus enormes fuerzas estaban a punto de agotarse cuando consiguió alcanzar la puerta.

La destrucción era completa allí. Todas las palancas, diales, interruptores habían sido destrozados por completo, y en un rincón yacía Mike Jacobs, todavía inconsciente. Chuck había desaparecido.

Reuniendo sus últimas fuerzas, Jerry se dirigió hacia el sillón del piloto, izándose hasta quedar sentado. Si bien la opresión continuaba, allí era mucho menos perceptible y se quedó unos momentos recuperando energías. La palanca del acelerador estaba casi arrancada, y un manojo de cables salía junto a ella; al intentar moverla, se le quedó en las manos, pero pudo disminuir en bastante proporción la potencia de los reactores, dejándola en unas dos gravedades. ¡Era necesario pararlos inmediatamente! Desde allí resultaba imposible, ya que todos los controles estaban inutilizados. Debía recurrir a los controles manuales situados en la cámara de los motores, y él estaba demasiado agotado para hacerlo.

Por suerte, el intercomunicador había quedado intacto. Se puso al habla con el capitán.

-¿Qué ocurre ahí arriba? -chilló indignado Gibson, cuando hubo establecido la comunicación-. ¿Estás loco, Jacobs? ¿Por qué has acelerado sin avisar?

-Perdone, señor. El teniente Jacobs está sin sentido. Soy Armstrong. Los controles están absolutamente destrozados y yo me encuentro demasiado agotado para moverme en un rato. Es necesario que alguien vaya a parar los motores con tos controles de mano.

Gibson no se entretuvo en preguntar más. A la carrera salió a parar los motores, haciéndose cargo de lo grave de la situación. Ya habría tiempo luego para lo demás.

* * *

Fue un grupo taciturno el que media hora más tarde se reunió en la sala de derrota. El desbarajuste había sido absoluto y no quedaba un aparato sano.

-¿Puede saberse lo que ha ocurrido aquí? -preguntó Gibson. Las hostilidades habían quedado suspendidas de momento ante el nuevo problema con que se enfrentaban.

-Fue Chuck -contestó Mike, acariciándose el morado rosetón que le había aparecido en el mentón-. Cuando entró aquí debió de ver el espacio a través de los miradores y se le recrudeció el ataque. Yo creo que perdió completamente la razón. ¡Hay que ver cómo pegaba!

-Ya se ve. Tienes la cara hecha un mapa. ¿Dónde está Chuck?

Todos se miraron entre sí. Ninguno tenía la menor idea.

-Yo creo que... ¡pero no puede ser! -dijo Jerry-. Cuando empecé a subir las escaleras tenía que estar forzosamente aquí para hacer funcionar el acelerador. ¡Y nadie salió antes de que yo entrase!

-Entonces está claro -intervino Mike-. Tuvo que salir por otro sitio.

-¿Por dónde? No hay otra salida -Gibson mostraba aún cierta desconfianza.

-Por ahí -Mike señaló un pequeño portillo que había a un lado, junto a un gran armario.

-¿Quieres decir.... -balbuceó el capitán- que... que salió al exterior?

-Eso mismo. Y, además, sin protección alguna. Posiblemente nunca sabremos lo que le ocurrió ni por qué hizo una cosa y otra. Pero lo cierto es que Chuck ha muerto... ¡Por culpa tuya, Gibson! ¡Tú le volviste loco lanzándole al espacio, y algún día tendrás que dar cuenta a Dios de este asesinato!

Gibson paseó una mirada alrededor, y sólo vio rostros ceñudos y miradas asesinas asestadas a él. Palideció, tragando saliva

dificultosamente. Las últimas palabras de Jacobs hablan hecho más daño que todo lo ocurrido con anterioridad. Trató de hacer como que no se había percatado.

-Lo siento. Era un buen muchacho. ¡Pobre Chuck! ¡En fin! ¿Qué opináis que se puede hacer? -preguntó para desviar la conversación de aquel espinoso asunto.

Todos guardaron silencio unos instantes. Mike finalmente fue quien habló, expresando la opinión de todos.

-Es al capitán a quien corresponde decidir, Sam. ¿O es que crees que los demás te vamos a sacar las castañas del fuego cuando te convenga?

-No, Mike -Gibson trataba de apaciguar los ánimos, sabiéndose en manos del teniente. Aquella situación era algo fuera de su control, y le convenía ganarse a su segundo-. El otro día te dije que quería cederte el mando y tú lo interpretaste mal. Ahora vuelvo a repetírtelo.

-Y yo continúo rechazando la proposición. ¡Arréglatelas como puedas!

-Como quieras -suspiró resignadamente-. Antes que nada, comuniquemos con Marte.

-Nada que hacer -Miles tuvo la respuesta inmediata-. Los aparatos están destrozados más allá de cualquier posible reparación... o en todo caso nos llevaría varias semanas, si tenemos a bordo suficientes repuestos. Lo único que queda sano son las antenas.

-Hansen -luego de un breve titubeo, se dirigió al astrogador-. Averigua dónde estamos y nuestro rumbo, velocidad, etc.

-Va a ser difícil, capitán. Muchos instrumentos..., todos, podría decirse, salvo los manuales, están destrozados. Con tiempo, podré lograr una aproximación.

-¿Cuánto tiempo?

-Tal vez dos o tres días, con suerte. Pero no me atrevo a pedir menos de una semana. El cómputo de la órbita va a ser muy laborioso no contando con la calculadora.

-De acuerdo. Apresúrate cuanto puedas. Mark -volviéndose al mecánico-: tú revisa la maquinaria. Será mejor que te ayudemos el

teniente, Armstrong y yo. Así acabaremos antes.

La reunión se disolvió, yendo cada cual a sus respectivos quehaceres.

El daño era aún más grave de lo que creyeran. La sobrecarga de potencia imprimida a los motores durante más de diez minutos había causado varios problemas irreparables. El *Shangaroo* se veía imposibilitado de maniobrar por sus propios medios; sin embargo los hombres se aplicaron con afán a la tarea de sustituir circuitos fundidos, tuberías sobrecalentadas, indicadores desequilibrados y conexiones destrozadas, hasta poder sacar algún partido. Jerry y Mike eran verdaderos magos de la mecánica y la electricidad, y el capitán y Stevens no les andaban muy a la zaga. Por fin, tras de dos semanas de incesante trabajo, pudieron comunicar al pasaje que, si bien la travesía iba a ser más larga de lo proyectado, no existía verdadero peligro de quedar perdidos en el espacio para toda la eternidad. Podrían hacer su arribada a Marte, aunque no podía darse una fecha, ni siquiera aproximada.

Hansen había logrado establecer el nuevo rumbo, y dio al capitán las conclusiones a que llegara.

-Durante la aceleración alcanzamos una velocidad de ochenta mil kilómetros por hora aproximadamente, enormemente superior a la necesaria para alcanzar Marte, cuya órbita cruzaremos siete días antes de lo previsto. Si tuviéramos la radio en funcionamiento podríamos pedirles que nos enviaran un remolcador allí para que nos frenase. ¿Funcionan los chorros de dirección, capitán?

-Sí -asintió este con voz lúgubre-. ¿Por qué?

-Podrían ser nuestra salvación. A la velocidad con que vamos, cruzar el cinturón de asteroides supone un choque casi seguro si no podemos desviamos en un momento dado, aunque sea poco. Pero es que creo que podemos hacer algo más con ellos.

-¿Y de qué nos pueden servir? Cualquier desviación nos hará cambiar de ruta, pero continuaremos igualmente alejándonos del centro del Sistema Solar. Lo mismo me da que mis huesos vayan a parar, dentro de unos miles de años, a la Estrella Polar que a Aldebarán o Procyon. Si no conseguimos poner en marcha los motores principales...

-A eso iba, capitán. En un punto determinado de nuestra órbita nos cruzaremos con Júpiter, muy de cerca. Teniendo posibilidades de

variar el rumbo, es posible que consigamos pasar tan cerca de él que nos convirtamos en satélite suyo. Tiene masa suficiente para ello. Así podremos permanecer todo el tiempo que nos sea necesario para una reparación que nos permita volver o, al menos, poner en funcionamiento la radio para pedir auxilio con probabilidades de que se nos preste.

El rostro del capitán se iluminó. Cuando hubo salido, Mike, que había estado presente, se encaró con el astrogador.

-¿Por qué le has mentido? Sabes muy bien que Júpiter no podrá captarnos, porque llevamos demasiada velocidad.

-¡Claro que lo sé, Mike! Pero ¡estaba derrumbándose! Esta pequeña esperanza le hará reanimarse un poco. ¿Cómo andan los motores?

-Muy mal. No sé si podremos hacer algo, y desde luego es cuestión de meses, tal vez años. Ya sabes lo que eso significa: para entonces es posible que nos hayamos alejado tanto que no nos sirvan de nada.

-¿Por qué, pues, habéis mentido al pasaje? Oí el comunicado de ayer.

-Por las mismas razones que tú has engañado a Sam. ¿Te imaginas la situación si se apodera de ellos el pánico? Bastante trabajo tenemos con lo nuestro, para ir a hacer de niñeras...

-Entonces... nuestra única esperanza está en que consigáis arreglar los motores antes de que sea demasiado tarde.

-Precisamente, hijo. Pero no te preocupes -la sonrisa del teniente era optimista-. Lo último que hay que perder es la fe.

CAPÍTULO IV

-Estamos ya muy cerca, Mike; creo que deberíamos advertir a los demás.

-Hazlo, Jerry. Nos conviene preparar todo con tiempo -asintió el segundo.

-Oye -dijo el ex polizón, volviéndose hacia Mike-. ¿por qué toda esta pantomima si sabéis que no va a servir de nada?

-Por varias razones: una es que así nos distraeremos un poco; otra, que por lo menos disminuirá en algo nuestra velocidad de alejamiento, aumentando las probabilidades de que hagamos las reparaciones a tiempo; y la tercera... que tal vez, aunque parezca fantástico, consigamos frenar lo suficiente para quedarnos.

-Esta ultima es la que menos me convence -sonrió Armstrong, empuñando el micrófono.

En pocos minutos estuvo cada cual en su puesto. Todos, salvo el capitán, sabían que no había nada que hacer, pero se dispusieron a poner de su parte todo lo posible para que se produjera el milagro.

-Para lograr nuestro objetivo -decía Hansen- hemos de penetrar unos mil kilómetros en la atmósfera. E1 fuselaje se pondrá al rojo por efecto del rozamiento, pero creo que resistirá bien. A la salida accionaremos los chorros laterales durante diez segundos, y tres minutos después, durante otros quince segundos, para establecer una órbita circular, ya que la entrada de nuevo en la atmósfera disminuiría demasiado nuestra velocidad y nos precipitaríamos en la superficie del planeta, lo que sería nuestro fin inmediato.

Gibson, el encargado de las correcciones de rumbo, asintió sombríamente. Jerry ordenó por el micrófono que comunicaba con las dependencias del pasaje y del resto de la tripulación:

-¡Sujétense los cinturones de seguridad! Dentro de cuarenta segundos comenzará la deceleración.

Anhelantes, veían precipitarse hacia ellos la titánica masa del mayor planeta de la familia solar. Su volumen aumentaba a cada segundo, dando la impresión de que lo tenían al alcance de la mano, y

alguno cerró instintivamente los ojos, extendiendo los brazos para prevenir el choque. Espesas nubes ocultaban eternamente la superficie, cuya composición nadie había podido establecer todavía. Tal vez, si las cosas iban mal, fueran ellos los primeros terrestres en comprobarlo... a costa de las propias vidas.

Una luminosidad amarillenta comenzó a envolverles por todas partes. Las estrellas fueron palideciendo hasta desaparecer por completo, y se vieron navegando en medio de una espesa niebla, más oscura conforme se iban adentrando en la ponzoñosa atmósfera de metano y amoníaco, aunque nunca llegaron a encontrarse en completa oscuridad. El casco de la gigantesca nave temblaba, dando la impresión de que de un momento a otro comenzaría a desgajarse: el aumento de temperatura se hacía perceptible dentro de la hermética cabina, a pesar de los poderosos aislamientos, y una mano colosal parecía tirar de ellos hacia adelante con la fuerza de la constante deceleración que estaban sufriendo. Poro a poco, casi imperceptiblemente, fueron disminuyendo los temblores, la luz creció hasta volverles a mostrar las estrellas, y los hombres pudieron respirar libremente otra vez. Habían salido de la atmósfera de Júpiter, pero ¿les habría servido de algo?

Hansen, ayudado por Mike, comenzó a trabajar febrilmente; Jerry iba haciendo observaciones de Júpiter y los satélites que había a la vista, cuyos datos les comunicaba para ayudarles en sus cálculos. Media hora de frenética actividad les dio el resultado:

-Seguimos alejándonos del Sol. Nuestra velocidad ha disminuido mucho y la ruta es sensiblemente inclinada con respecto al centro del sistema, en lugar de vertical, lo que indica que el alejamiento será mucho menos notable. Pero lo cierto es que no permaneceremos aquí.

Todos, incluso los que más optimistas se habían mostrado, cayeron en un profundo abatimiento. Durante unos minutos, el silencio fue absoluto; hasta que Mike lo rompió para situarse ante el telescopio apuntado en la dirección de su marcha. Un buen rato estuvo observando y, por fin, dio media vuelta, encarándose con los demás,

-Nos queda una posibilidad.

-¿Cuál? -preguntó anhelante Gibson.

-Ganímedes. Su masa es demasiado pequeña para que se me

ocurra siquiera que podamos colocarnos en órbita a su alrededor, pero se puede intentar un aterrizaje de emergencia en su superficie.

-¡Pero eso es una locura! ¡Llevamos demasiada velocidad! -Gibson estaba pálido como la muerte.

-Eso pienso yo. Pero es la única probabilidad que nos queda.

Con el solo voto en contra del capitán, todos estuvieron de acuerdo en que deberían intentarlo. La cuestión no admitía demoras, ya que en poco tiempo se encontrarían a la altura del satélite. Optaron por no moverse de allí.

Jerry advirtió a los pasajeros que se enfundaran los trajes de vacío. El choque iba a ser terrible y con seguridad que se abriría más de una grieta en el casco del *Shangaroo*, si es que todo él no quedaba empotrado en alguna enorme montaña de las que estaba sembrada la superficie de Ganímedes. Ellos mismos se colocaron las engorrosas armaduras capaces de soportar tanto enormes presiones como el vacío absoluto, intensísimos fríos y calores asfixiantes.

Las horas de espera se hacían angustiosas, pero poco a poco Ganímedes se fue destacando más y más en la distancia. Primero fue un punto luminoso, sin forma definida, luego un pequeñísimo círculo que se fue agrandando hasta cubrir la mitad del universo. Mike apretó los dientes, cambiando de sitio con Gibson, quien temblaba espasmódicamente dentro de su grotesca armadura. Mentalmente, el segundo se despidió de Sheila Gates, al tiempo que con mano firme empuñaba los improvisados mandos; poco se podía hacer con ellos, pero...

A escalofriante velocidad, arremetió la astronave contra la superficie del planetoide cubierto de eternos hielos. Un apenas perceptible estremecimiento indicó que la tenue atmósfera había frenado su marcha en una proporción infinitesimal, y seguidamente el aparato entró en violento contacto con el suelo. Un espantoso crujido les hizo temer que todo saltara en pedazos, pero resistió; el rebote les hizo danzar, dando volteretas durante más de cien kilómetros antes de caer nuevamente. Mike dio gracias a Dios en su fuero interno por la escasa gravedad que impedía se uniese a la velocidad de su marcha la de la caída. Esta vez de popa, los reactores se desprendieron con un violento crujido, y un nuevo salto llevó a lo que quedaba del desgraciado *Shangaroo* por sobre unos altísimos picachos hasta un profundo valle en el otro lado. Luego se hizo el silencio... Habían llegado.

* * *

Jerry Armstrong fue el primero en recuperar el sentido. Semiinconsciente, paseó la mirada a su alrededor, tratando de recordar dónde se encontraba, pero una neblina parecía haberse introducido en su cerebro, impidiéndole pensar con claridad. Junto a él, varios hombres permanecían sujetos a sendos sillones antiaceleración fuertemente atornillados al suelo, con los brazos extrañamente levantados hacia el techo. Jerry rió sonoramente al comprobar que él mismo observaba aquella actitud. Bajó los brazos, soltando su cinturón de seguridad... y se elevó lentamente hacia el techo.

-¿Estaré loco? -se preguntó a sí mismo. Pero, poco a poco, sus ideas se iban aclarando, y al final comprendió de qué se trataba: el *Shangaroo* había quedado panza arriba, y la débil fuerza de atracción apenas se hacía notar. Lógicamente, él *había descendido* hasta donde ahora estaba el suelo.

Dando un pequeño salto, procedió a liberar a sus compañeros. No se atrevía a quitarles las escafandras por temor a que hubiera alguna filtración desde el exterior aunque, aparentemente, la cabina estaba intacta. Dejando que se recuperasen por sus propios medios, salió en busca de los demás tripulantes y pasajeros. Los que habían ocupado la cabina de mando no parecían sufrir heridas de importancia, sino una simple conmoción por causa de los violentos choques que habían tenido que soportar; los sillones antigravitatorios habían resistido perfectamente.

Fuera, la confusión era espantosa. Nada había quedado en su sitio, salvo los objetos fuertemente atornillados a las paredes o el suelo, y aun éstos en muchos casos habían saltado. Enormes deformaciones y grandes grietas por todas partes, daban a entender claramente que el casco del *Shangaroo* había salido de los sucesivos choques arrugado como un acordeón; seguramente que su longitud habría disminuido en una buena tercera parte.

Su entrada en el departamento donde se hallaban situados los sillones de aceleración para el pasaje fue providencial. Dos figuras estaban ayudándose mutuamente a quitarse los engorrosos trajes.

-¡Alto! -gritó Jerry, precipitándose hacia ellos. No le oyeron y

él recordó en aquel momento que los pasajeros no llevaban aparatos de radio en sus trajes, aunque podían colocarse con facilidad en caso necesario. De un manotón envió a ambos a varios metros de distancia. Sin poderse contener estalló en nuevas carcajadas al ver la portentosa hazaña atlética que solamente podía realizarse en un lugar como aquél.

Los hombres se levantaron, sorprendidos, y Jerry les hizo señas de que se aproximasen. Cuando los tuvo junto a sí, juntó su escafandra con las de ellos, gritando:

-¡No intenten eso! ¡Si hay un escape por algún lado, y es lo más seguro, se ahogarían ustedes en el acto.

El metal y plástico que componían las escafandras eran buenos conductores del sonido, y los hombres comprendieron perfectamente. Con cuidado, procedieron entre los tres a bajar de lo que ahora era el techo a los demás pasajeros, comprobando si habían sufrido daños. Tres de ellos, dos hombres y una mujer, no necesitaban cuidados en absoluto: habían muerto. Los restantes, más o menos contusionados, estaban en bastante buenas condiciones físicas. Viendo los formidables destrozos ocasionados en la astronave por los repetidos y violentos batacazos, pensó que era más que milagroso que hubiera podido salvarse ni uno solo. Y aun así, las bajas eran en su mayor parte consecuencia de haberse ajustado mal los trajes de presión.

Gradualmente fueron reuniéndose todos los supervivientes, incluso los que habían quedado en la cabina de control. Gibson estaba aún demasiado asustado para poder servir de algo, pero Mike Jacobs se hizo cargo de la situación.

-Ante todo es necesario que reparemos alguna sección de la nave que no haya sufrido demasiados daños, acondicionándola de forma que podamos desembarazarnos en su interior de los trajes de vacío. Con ellos puestos, no íbamos a durar mucho.

Comprendiendo lo acertado de esta decisión, varios tripulantes se distribuyeron por entre las ruinas del lujoso transporte, mientras otros marchaban en busca de herramientas apropiadas para cerrar las fisuras. Mike prosiguió:

-Tu única misión, Miles -dirigiéndose al radiotelegrafista-, consiste en buscar los materiales necesarios para instalar un transmisor de radio que nos permita comunicarnos con Marte o la Tierra, para pedir ayuda. Tus necesidades serán cubiertas con

prioridad a cualesquiera otras, salvo las que puedan afectar a la seguridad personal de cualquiera de nosotros. Yo te aconsejaría que buscaras entre la tripulación o el pasaje a algunos que te pudieran ayudar -Miles asintió-. El resto de nosotros nos dedicaremos a hacer esto lo más habitable que se pueda, procurar víveres para todos y lo demás que pueda necesitarse -viendo que cada cual comenzaba a desfilar en cumplimiento de las misiones para que se sentían más capacitados, agregó-: ¡Ah! Procurad emplear a los pasajeros lo menos posible. Algunos de ellos servirán más de estorbo que de ayuda.

* * *

Habían transcurrido tres semanas. Durante dicho tiempo consiguieron aislar del exterior una buena parte del fuselaje del *Shangaroo*, con lo que quedaron instalados con relativa comodidad. Un cuidadoso inventario de las provisiones del almacén les llevó a la conclusión de que tenían víveres para un año, si los racionaban convenientemente. La cuestión del aire respirable apenas les preocupaba: tenían unas reservas bastante considerables, y si bien no les durarían tanto como las de comestibles, el planetoide tenía en su superficie ingentes cantidades de gases congelados que, separando debidamente el oxígeno, tarea relativamente sencilla, les proporcionaría el necesario. Mike trató con el profesor Potter de otro aspecto de la cuestión. El científico se había convertido prácticamente en su lugarteniente, ayudándole en mucho con sus consejos, al tiempo que servía de enlace con los pasajeros.

-Ahora que ha disminuido bastante la actividad, profesor, ¿no cree usted que sería conveniente organizar algunas excursiones por los alrededores, para evitar que la gente comience a aburrirse? El tedio es el mayor enemigo de los navegantes del espacio, y lleva inevitablemente a discusiones y reyertas.

-Estoy completamente de acuerdo, Mike. Ya he observado que ni las sesiones de cine ni la lectura bastan. El personal echa de menos las actividades cotidianas, noticias del exterior, en fin, todo lo que nadie nota a faltar hasta que llega a encontrarse en una situación como ésta, aislados en un pequeño grupo de archiconocidos, con quienes no se tiene ninguna noticia que comentar.

-Pues queda decidido. Mañana saldremos unos cuantos

tripulantes a hacer una descubierta, e inmediatamente prepararemos una gira de dos o tres días. Para ello habrá que habilitar cobijos portátiles, cosa que no creo ofrezca mayores dificultades.

-Supongo que entre los tripulantes me contarás a mí. Porque no pienso quedarme atrás. Ya que por ahora no podré realizar mis excavaciones en Marte, quiero hacer algunos estudios geológicos de Ganímedes.

-Y yo -agregó una agradable voz desde la puerta del saloncito donde se encontraban los hombres-. Porque, siendo el médico de su expedición, estoy obligada a seguirle en sus trabajos.

Ninguno de los dos hombres intentaron siquiera argumentar con Sheila Gates. Estaban convencidos de la inutilidad de semejante empeño.

Al día siguiente partieron, debidamente equipados con botellas adicionales de aire, suficientes para unas diez horas. Formaban el grupo el profesor Potter y Sheila Gates, naturalmente, Mike Jacobs, Sam Gibson, que malditas las ganas que tenía de pasear, pero que hizo de tripas corazón con tal de no permitir que su rival anduviese con la muchacha sin ser estorbado por él, según tenía últimamente por costumbre; Armstrong, que se había impuesto a sí mismo la tarea de obstaculizar las maniobras del capitán, se adhirió de inmediato, así como Hansen y Stevens lo hicieron para compensar la presencia de dos de los secuaces de Gibson: Joe Milton y Cass Welt.

Los nueve llevaban equipo suficiente como para sentirse agotados antes de recorrer un kilómetro, si se hubiesen hallado en la Tierra. Pero sobre la superficie de Ganímedes no llegaban ni con mucho a su peso normal, de modo que caminaban con rapidez sobre aquel suelo recubierto de gases congelados, a pesar del cuidado que les imponían los continuos resbalones que ni con las raquetas especiales de que iban provistos podían impedir por completo. Enormes grietas, aunque poco profundas, en la capa helada, algunas camufladas bajo una ligera costra de nieve, les salían continuamente al paso, obligándoles a dar rodeos y más rodeos que alargaban considerablemente el camino.

Al poco rato penetraban en un estrecho desfiladero que, entre dos altísimas montañas, comunicaba el valle donde habían ido a caer con otro que era su objetivo. También allí había hielo en abundancia, y durante gran parte de su recorrido se vieron acompañados por un pequeño arroyo que descendía susurrando de las alturas.

-Es nitrógeno líquido -anunció el profesor Potter-. El poco que hay en Ganímedes no puede alcanzar el estado gaseoso debido a la baja temperatura ambiente.

Llegados que hubieron al otro extremo del paso, se encontraron en un angosto valle encerrado entre las elevadas paredes de los picos circundantes. Según gráficamente expresó Armstrong, parecía como si aquel astro hubiera sido creado a golpes de hacha, y el profesor, siempre dispuesto a dar su conferencia, viniera o no a cuento, se enfrascó en una larga disertación sobre las distintas teorías que explicaban, o lo pretendían, el origen de los mundos: la escasa gravedad reinante, en combinación con el mínimo desgaste de la erosión atmosférica, que permitían aquellos accidentes orográficos tan escasos en la Tierra, y la posible causa de algunas de aquellas formidables hendiduras, tal vez obra de algún meteorito de gran tamaño al chocar violentamente con el satélite en su vagar por el espacio.

-No creo en esta teoría, profesor -arguyó Jerry, siempre dispuesto a mantener una discusión por cualquier motivo trivial-. Nosotros tropezamos con Ganímedes a mayor velocidad que cualquier meteorito y apenas hicimos otra cosa que arar algunos miles de toneladas de hielo. Además, sabe usted bien que los cráteres de la Luna no tienen este aspecto y fueron causados por el bombardeo a que estuvo sometida durante millones de años por todos los pedruscos que tuvieron la desgracia de tropezar con ella.

-En principio pareces tener razón, Jerry -Potter no daba su brazo a torcer tampoco con mucha facilidad-. Pero hay que tener en cuenta otros factores: la masa de nuestra nave no puede compararse con la de un meteorito macizo que, además, puede ser de un tamaño mucho mayor. Nosotros nos aproximamos a Ganímedes procurando rozar solamente su superficie para no quedar irremisiblemente destrozados, mientras que los *pedruscos*, como tú les llamas, habrán llegado desde todos los ángulos imaginables: en vertical, oblicuamente con todas las posibles inclinaciones, e incluso algunos rozando solamente la atmósfera e incluso el suelo, sin llegar a ser retenidos por la escasa gravedad.

-Pero...

-¡Ya está bien, Jerry! -ordenó Mike secamente-. Cuando estéis a solas podréis reanudar esta interesante discusión teórico-científica. Pero, por ahora, hacedme el favor de dejarlo estar, ¿o es que no te has dado cuenta de que nos estás ensordeciendo a todos con tus gritos?

Llevamos las radios en funcionamiento.

Poco más adelante vieron interrumpida su marcha por una amplia depresión que les cerraba el paso. Mientras los otros descansaban un momento, Mike y el profesor se lanzaron a inspeccionar el obstáculo, con la esperanza de que por algún sitio les permitiría el paso. Sus compañeros podían escuchar sus comentarios por la radio.

-Por este lado no se puede pasar, profesor. Además, observo que las paredes son resbaladizas y lisas como el cristal.

-Ya lo veo, ya -repuso Potter con un dejo de perplejidad en la voz. Vamos un poco más allá.

-Todo está igual -decía Mike más tarde-. Es demasiado ancho para saltarlo y no podremos bajar si no es descolgándonos con cuerdas,

-Parece muy profundo -observó el profesor-. Me serviría muy bien para estudiar las distintas capas geológicas hasta donde alcance. Oye, Mike -agregó, como si de pronto se le hubiera ocurrido algo-. Esto no parece natural: demasiado liso y... ¿has observado la forma que tiene? Es completamente simétrico, un óvalo perfecto. Vamos a descender.

-Yo lo haré, señor Potter -se ofreció Mike-; ataremos las cuerdas a este peñasco.

A poco iniciaba el descenso por la pared casi vertical. Continuamente comunicaba al profesor sus progresos. Siempre igual. Ni una sola rugosidad en el resbaladizo muro cristalino; se terminaron los doscientos metros de la cuerda del profesor y tuvo que empalmar la suya para seguir descendiendo, pero llegó también al término de ésta y el panorama no había variado, salvo que se encontraba en la más completa oscuridad. Su linterna no alcanzaba al fondo del abismo.

-Sube, Mike -ordenó Potter-. Más tarde probaremos con cuerdas más largas.

Cuando dos horas después se hubieron reunido todos al borde del misterioso precipicio, el teniente se hundió por segunda vea en la oscuridad. Tuvieron que unir sucesivamente cinco cables antes de que llegase al fin de la sima.

Desde arriba veían la diminuta luz de su linterna, moviéndose de un lado para otro. Le oyeron una exclamación de asombro, y la pequeña luciérnaga se esfumó al parecer en alguna cavidad lateral. Al cabo de unos momentos sonó en los auriculares su voz excitada:

-¡Tirad de la cuerda! Voy a subir.

-¿Qué es lo que has encontrado? -preguntó Sheila intrigada.

-Algo asombroso. Pero esperad a que llegue arriba. Entre tanto creo que sería conveniente que alguien fuera en busca de refuerzos y armas. Pudiera haber peligro, aunque no lo creo.

Jerry salió disparado de regreso, mientras los demás se quedaban expectantes, aguardando que saliera del pozo. Gibson, Hansen y Stevens tiraban del cable, pero aun así tardó más de media hora en llegar arriba, y para entonces ya estaba de regreso Armstrong armado con dos rifles, habiendo dejado atrás a otros tres hombres con suficientes elementos como para librar una batalla.

Por fin asomó Mike por el borde. Traía a las espaldas un bulto que de momento no pudieron reconocer los otros, debido a la eterna penumbra reinante en aquel satélite tan alejado del Sol; pero cuando acertaron a vislumbrar lo que era, se precipitaron más cerca, apretujándose en derredor. Se trataba de un hombre.

CAPÍTULO V

Desde luego estaba muerto. Expuesto a aquella temperatura y atmósfera era imposible, para un ser de constitución aparentemente idéntica a la de ellos mismos, mantenerse con vida ni un solo segundo. Lo que no podían saber era si su muerte databa de unas horas o de varios miles de años, ya que el ambiente, cercano al cero absoluto, podía mantener conservados los tejidos indefinidamente. El cadáver llevaba una especie de túnica corta de un material al parecer plástico, que, a pesar del frío reinante y el tiempo transcurrido desde que se fabricó, mantenía una absoluta flexibilidad. No se veían signos externos que explicaran la causa de su muerte, y el color azulado de su piel podía ser natural lo mismo que debido a las bajísimas temperaturas.

Todos se quedaron mirando al teniente en espera de que explicase lo que había visto. Pero éste se limitó a decir:

-Al fondo hay una máquina muy rara, y alrededor de ella varios cadáveres. Aquello parece una caverna artificial y no he querido meterme más adentro.

-Vamos abajo -apremió el profesor Potter, no pudiendo contener su impaciencia.

-¡Usted se quedará aquí! -ordenó Mike con voz que no admitía réplica-. Puede haber peligro. Primero bajaremos unos cuantos jóvenes, y cuando estemos seguros de que no ocurre nada, podrá ir usted.

Aunque discutió un buen rato, Potter acabó reconociendo la razón de estos argumentos, resignándose muy a su pesar.

Reunidos alrededor del cadáver de piel azulada, el teniente seleccionó a los hombres que le acompañarían, en vista de que todos ellos se habían ofrecido voluntariamente. Aunque sabía que la cosa iba a acabar con algún nuevo conflicto, Mike estaba ejerciendo las funciones de comandante desde que llegaran a Ganímedes, y Gibson, si bien con semblante hosco, había acatado aquel estado de cosas; pero se trataba solamente de una cuestión de tiempo. Al final terminaría rebelándose e intentando hacer valer sus derechos.

Descendió primero el teniente, seguido a pocos metros por

Jerry Armstrong, Gibson y Bill Travis, formando la retaguardia Mark Stevens. Rápidamente llegaron al fondo de la sima, envueltos en tinieblas.

La intensa oscuridad daba allí abajo la impresión de solidez. Era una negrura imposible de describir, casi parecía poder palparse. Con las potentes lámparas de que iban provistos, apenas les era dado ver otra cosa que lo alumbrado directamente.

Desde luego no cabía dudar un solo momento de la artificialidad de la caverna: las paredes estaban recubiertas con un material de naturaleza desconocida para ellos, pero cuya procedencia no podía ser otra que un proceso industrial, y su primera impresión fue de hallarse en un inmenso laboratorio, por la multitud de aparatos, frascos, retortas y tubos que se alineaban en las estanterías que aparecían adosadas a los muros. Algunos recipientes parecían haber estallado con violencia, llenando el suelo de trozos de vidrio, y en el centro mismo de la sima qué les sirviera de entrada, alrededor de una colosal máquina que se erguía imponente sus buenos diez metros, pudieron ver a los creadores de aquella magnífica obra… o lo que quedaba de ellos. Eran cinco y, por sus respectivas posiciones, parecían haber estado trabajando en el misterioso aparato cuando les sorprendió la repentina muerte; uno de ellos tenía el cráneo destrozado como si hubiera caído de cabeza desde las alturas, y ésta era la única señal de violencia que pudieron observar en ellos.

Siguieron investigando, distribuyéndose por la inmensa sala que se prolongaba más allá de la abertura por la que habían penetrado, y a poco el teniente daba con una puerta recayente a un departamento aún mayor que el que dejaba detrás. Pero su contenido era muy distinto: se trataba a todas luces de una sala de máquinas, posiblemente el corazón de aquel misterioso subterráneo construido por unos aún más enigmáticos hombres que, según las pruebas que tenía ante sí, debieron alcanzar un grado de civilización jamás soñado por su propia raza. Monumentales generadores, aparatos con cierto parecido a las pilas atómicas que había visto en la Tierra, cables, tuberías de todos los tamaños, máquinas de cuya utilidad no podía tener la menor idea, llenaban todo aquello en forma compacta, dejando apenas los espacios justos para el paso de un hombre. Escaleras metálicas y plataformas a distintos niveles permitían el acceso a todos los lugares, que recorrió curiosamente aunque con poco fruto. En un momento dado se encontró ante una pequeña cabina, cuya puerta de entrada habla quedado abierta; en su interior un nuevo cadáver, seguramente el del operador, estaba sentado en una silla ante un tablero de mandos; pero lo que le hizo retroceder rápidamente fue

que ante el difunto se veía brillar de vez en cuando unas lucecitas de distintos colores, y que los indicadores de algunos diales se movían lentamente, prueba todo ello de que aún funcionaban, al menos, algunos de aquellos complicados mecanismos. Ante la imposibilidad de comprender el significado de lo que veía y el uso de los distintos resortes y palancas que tenía delante, optó por retirarse, temeroso de desencadenar una catástrofe con una maniobra imprudente.

Ninguno de sus compañeros estaba a la vista, y Mike pensó que tal vez habrían descubierto algún nuevo departamento y estarían allí. Ya se disponía a buscarles, cuando la voz de Jerry Armstrong resonó en sus auriculares.

-¡Eh, Mike! Ven acá.

Se dio media vuelta, paseando la vista por todo el contorno del laboratorio. Su linterna no le mostró a nadie.

-¡Aquí, arriba! -volvió a oír la voz. Y allí estaba su amigo, encaramado en lo alto de la misteriosa máquina.

-¡Jerry! ¡Baja de ahí inmediatamente! Ese aparato es desconocido para nosotros y puedes causar algún desastre. La central de energía aún funciona.

-No hay cuidado -repuso el otro con calma-. Este cacharro está más muerto que mi abuela. Puedes acercarte sin miedo, que no muerde.

-¿Estás seguro? -preguntó aproximándose, aunque no las tenía todas consigo.

-Por completo -sin el menor escrúpulo por quién pudiera ser el propietario, Jerry se había apoderado de un estuche de pequeñas pero eficientes herramientas que encontró en el suelo, y con ellas levantó una plancha de la parte superior del aparato para echar una ojeada en su interior... sin sacar nada en claro de aquel amasijo de cables, placas, filamentos y misteriosas cajitas de las que salían verdaderos manojos de conductores que iban a perderse en otras similares. Perplejo, se rascó la cabeza... o lo hubiera hecho, pero su intención fue obstaculizada por la metálica escafandra que le cubría.

-Ni por casualidad veo para qué puede servir esto. Es demasiado para mí.

-Oye -insistió el teniente-. ¿Cómo sabes que no funciona?

-Elemental, hijo mío -fue la irónica respuesta-: En primer lugar, que yo estaría seguramente haciéndoles compañía a esos muchachos de ahí abajo si no fuera así; y además, mira hacia allá -y señalaba un rincón del enorme departamento. Mike, acercándose, pudo ver un conmutador eléctrico que hubiera jurado era de confección terrestre. Estaba desconectado-. No estaba así cuando lo encontré, con que me puse a seguir el cable: pasa por aquella ranura del piso y entra aquí por ese otro lado. Como puedes ver, la máquina está cuidadosamente aislada del suelo, de modo que me dije: por sí las moscas. ¡Oye! Al separar las cuchillas del interruptor saltaron chispas, y eso significa un generador en marcha. ¿Tú estás seguro de que esto está tan abandonado como parece?

-Francamente, no lo sé. Por una parte, es raro que nadie haya recogido todos estos cadáveres, y por otra, esas dinamos funcionando... -y explicó a su amigo lo que había visto en el departamento contiguo.

Jerry soltó un silbido de admiración y, bajando de las alturas, le mostró algo.

-No sé exactamente qué es lo que mató a los demás, pero a éste -señalando al hombre del cráneo destrozado- sí sé lo que le pasó. Mira.

El teniente se acercó al cadáver. Le faltaba casi totalmente la mano derecha.

-El resto de la mano está ahí arriba, haciendo puente entre dos cables que aparecen fundidos. Este hombre estaba allí trabajando, y accidentalmente tocó algo que no debía, abriendo un nuevo circuito. La descarga le abrasó la mano, haciéndole caer.

-Es posible que tengas razón -y cambiando de tema, agregó-: Busquemos a los otros.

Una llamada por la onda general, ya que habían acordado utilizar la privada para no estorbarse, bastó para encontrarles en el acto. Habían hallado una puerta entornada que parecía conducir a algún nivel inferior, pero al final de la escalera se vieron obstaculizados por otra que no podían abrir. Mike y Jerry se dirigieron hacía allí para prestarles ayuda.

Se podía ver que allí había una puerta, pero por ningún lado aparecía cerradura ni manivela alguna. Luego de infructuosas tentativas de todos ellos, se dieron por vencidos, retrocediendo con la intención de reunirse con los que les esperaban en la superficie de

Ganímedes, para en otra ocasión intentar de nuevo abrirla. Jerry, que no abandonaba tan fácilmente la lucha, se rezagó un momento, e impensadamente, sin que en apariencia hiciera nada, la puerta se abrió y una fuerza descomunal le hizo retroceder, elevándote diez o doce peldaños; por fortuna no sufrió daño alguno y no esperó a que apareciese el ser que le había empujado, sino que echó a correr como alma que lleva el diablo en seguimiento de sus compañeros, mientras les gritaba que trepasen lo más rápidamente posible por la cuerda.

Mike consideró que si el agresor, quienquiera que fuese, les sorprendía subiendo, iba a ver facilitada su tarea, cazándoles como a conejos. En lugar, pues, de dar la orden de retirada, dispuso a sus hombres, ocultándolos lo mejor que pudo tras el aparato del centro de la estancia, preparados a defenderse con uñas y dientes del desconocido horror que se les venía encima. Las linternas concentraban sus brillantes haces de luz hacia la puerta por donde debía aparecer el enemigo.

Pero transcurrieron los minutos y nadie daba señales de vida. Quienquiera que se ocultase en la planta inferior estaba seguramente tan inquieto como ellos mismos y no se decidía a hacerles frente. Esta idea se les fue afianzando, dándoles más y más confianza en su propia fuerza, y poco después ya se decidían a asomar cautelosamente la cabeza, más tarde a desplazarse a una posición más cómoda y, por fin, sin que nadie diese orden alguna, se fueron acercando hasta agruparse a un lado del dintel. A los pocos minutos ya se decidían a bajar lentamente las escaleras, y al llegar abajo se precipitaron rápidamente dentro, iluminando cuanto les fue posible de la amplia estancia. No había nadie, excepto unos cuantos esqueletos distribuidos por el suelo. Pasados unos segundos de estupor, Mike se echó a reír.

-Aquí no hay nadie; al menos... vivo.

-¡Oye, gracioso! -se le encaró indignado Armstrong-. ¿Puedes decirme, pues, quién fue el que me empujó? Porque supongo que no sería alguno de esos...

-Seguro que no. Pero ellos te lo pueden decir, si te fijas, como me lo han dicho a mí.

-Con que espiritista ¿eh? -se mofó Jerry-. No sabía que... -de pronto se cortó en seco-; ¡Ahora caigo! ¡Está claro! No puede ser otra cosa -y rompió en estrepitosas carcajadas, que obligaron a sus compañeros a cerrar sus receptores de radio ante la imposibilidad de taparse los oídos. Los demás se miraban de uno a otro sin comprender.

-Pero, bueno -reclamó Stevens cuando hubo cedido algo la estruendosa hilaridad de Armstrong-. ¿Podéis explicarnos ya de una vez quién fue el tipo que te lanzó escaleras arriba? Porque yo, la verdad...

-Pues, hijo, está claro -Jerry hablaba entrecortadamente por el furioso acceso de risa que estaba sufriendo-. ¿No ves que esos muertos están literalmente *en los huesos* y que los de arriba, en cambio, han permanecido perfectamente conservados? Pues eso te indica sin posible confusión que, puesto que todos debieron morir cuando esa máquina infernal tuvo una avería producida por un fenómeno que nadie esperaba, y que seguramente abrió el boquete por donde hemos entrado nosotros, dejando escapar el aire a presión, quedaron congelados en el acto los hombres que trabajaban allí; en cambio, aquí, como estaba cerrado, no ocurrió lo mismo. Por lo visto, estas puertas son estancas y el aire no pudo salir hasta que nosotros abrimos la puerta, y fue eso lo que me hizo caer. A causa de ello, estos cadáveres pudieron descomponerse hasta quedar sólo los esqueletos.

-Todo eso está muy bien, y parece explicar parte del asunto. Pero ¿qué me dices de la puerta? Porque nosotros no la abrimos. Se abrió ella sola, según dices.

-La abrió Jerry -aseguró Mike, que había estado estudiándola mientras los otros discutían-. Aquí hay un pequeño orificio que seguramente tiene en su interior una célula fotoeléctrica. Accidentalmente introdujo con su lámpara un rayo de luz por él, poniendo en funcionamiento un mecanismo oculto en la pared. ¿Habéis tomado fotografías de todo para el profesor? -preguntó, cambiando de tema; y ante la respuesta afirmativa de los otros, agregó-: Pues volvamos arriba a dar cuenta al señor Potter, y decirle que aquí no parece haber peligro alguno. Aunque -agregó para sí- ¿cómo diablos funcionan estas máquinas si no hay nadie para cuidarlas?

CAPÍTULO VI

El profesor Potter estaba entusiasmado. La hendidura no le había servido para estudiar la composición geológica del suelo de Ganímedes, pero en cambio había encontrado algo mucho más interesante que la problemática ciudad marciana cuya exploración había quedado pospuesta indefinidamente. Aquel subterráneo era tremendo, y para recorrer detenidamente los cerca de cien niveles de que se componía serían necesarios varios años, a pesar de que un enorme montacargas, de un centenar de metros de longitud, les evitaba el ímprobo trabajo de descender por las escaleras de comunicación. Había grandes almacenes, donde se alineaban voluminosas cajas de incógnito contenido, talleres, hangares con sus aparatos terrestres, aéreos y, por la apariencia, espaciales, aunque ¡cosa rara! por ninguna parte podía verse salida alguna a la superficie de Ganímedes. ¿Por qué? se preguntaban los terrestres. ¿Qué objeto podían tener aquellos vehículos allí almacenados, sí no podían ser sacados al exterior? En cierta ocasión, Mike preguntó a Potter:

-Dígame, profesor. ¿Quién cree usted que eran los que hicieron esto?

-Naturalmente que hombres de la raza de estos cadáveres que hemos encontrado distribuidos por todas partes. Pero la raza a que pertenecían y su procedencia es para mí un misterio indescifrable por ahora. Por lo que he visto y se puede suponer, saco las siguientes conclusiones: primera, que su civilización estaba muy por encima de la nuestra; segunda: conocían el vuelo espacial, y yo casi aseguraría que el interestelar, ya que es más que posible que no provinieran de nuestro sistema.

-¿Por qué? Podrían ser de la Tierra...

-Si aún crees en la fábula de la Atlántida o de las grandiosas civilizaciones incas, egipcias, mayas, etcétera, y sus perdidos conocimientos, sí. Pero yo estoy convencido de que todo el misterio que las rodea es simplemente fruto de nuestra ignorancia sobre ellas. No han dejado máquinas, documentos, ni cosa alguna que sugiera un grado de cultura, al menos mecánica, más allá del neolítico o de la Edad de Bronce. Por ello pienso -siguió el profesor- que estos seres no procedían de la Tierra, aunque son muy semejantes, si no iguales, a nosotros. Descartado nuestro planeta, tenemos que los marcianos, si

bien humanoides, fueron bastante distintos, físicamente, sobre todo en estatura; en Venus no se han encontrado vestigios de otra cosa que establecimientos de aquéllos. Mercurio, lo mismo que el lugar donde estamos... las demás lunas de Júpiter y de los planetas exteriores, jamás han albergado vida animal alguna, aunque bien poco sabemos sobre estos últimos, si bien es lo suficiente para afirmar que, si hay en ellos seres vivientes, serán muy distintos a nosotros por las opuestas condiciones climatológicas y de todo género que allí se dan. ¿Qué otra solución queda, pues?

-Tal vez provinieran del misterioso planeta cuya destrucción se dice dio origen al cinturón de asteroides -apuntó tímidamente Sheila.

-Sí, si no tienes en cuenta que la hipotética explosión dejó convertido el tal supuesto planeta en pedazos que se hallan distribuidos por todo el Sistema Solar. ¿Qué, no ya civilización, sino forma de vida de cualquier ciase, hubiera sobrevivido a semejante cataclismo? Además, debéis tener en cuenta que se ha calculado que el volumen de los más de mil quinientos asteroides que se conocen, apenas da para un planeta del tamaño de Mercurio, que no ha podido retener su atmósfera por la escasa gravedad que genera su pequeña masa.

La lógica aplastante de sus argumentos cortó la controversia.

-¿Qué pudo matar a estos hombres? -preguntó el capitán Gibson, sin muchas esperanzas de conseguir una respuesta. Sin embargo Potter parecía estar en vena de resolver enigmas y tenía contestación para todo.

-Aquí debió ocurrir una catástrofe apocalíptica. Fundadamente cabe imaginar que estaban montando un aparato, no sabemos para que fin, y por el accidente ocurrido sus efectos debieron ser muy distintos a los buscados, originando una fuerza que abrió el boquete por donde entramos. Toda la materia quedó volatizada, excepto en los bordes, donde simplemente se cristalizó, y ello debió ser instantáneo. Podríamos suponer que la eliminación de la parte superior, el cambio de presión y clase de atmósfera consiguientes, mataron a los hombres que trabajaban allí, pero esta última teoría se viene al suelo si tenemos en cuenta que también murieron otras personas que no quedaron expuestas a la descompresión; por tanto, la causa de la muerte fue distinta para estos últimos. Y lo único que se me ocurre, aunque parezca fantástico, es que el efecto de la avería fue doble: actuaba sobre la materia inerte en una sola dirección, vaporizándola, y sobre los seres vivos a todo su alrededor, destruyendo alguna parte

importante de ellos.

La explicación cubría todos los ángulos, sin dejar resquicio alguno que permitiese discutirle a Potter sus teorías.

* * *

Una de las primeras sorpresas con que se encontraron fue que, al abrir por segunda vez la puerta del nivel inmediatamente inferior al en que se encontraba el misterioso mecanismo causante de la catástrofe, volvió a escaparse el aire allí encerrado, prueba de que el sistema de ventilación seguía funcionando. Ello les venia muy bien, ya que así no tenían necesidad de andar por los subterráneos provistos de los pesados y molestos trajes de vacío, e incluso les hizo pensar seriamente en la posibilidad de trasladarse al subterráneo, más habitable que los restos del *Shangaroo*. Pero de momento optaron por permanecer como estaban; si el rescate tardaba en producirse, tiempo tendrían de cambiar de residencia.

Resultado de sus visitas a los distintos niveles de que constaba aquella formidable obra de ingeniería fue la exclamación de asombro de Potter, lanzada con ocasión de hallarse en el tercer nivel, contando desde abajo. Se trataba a todas luces de un taller de montaje de máquinas, cuyas piezas habían podido ver cuidadosamente embaladas en grandes cajas que llenaban los dos pisos bajos. Varias docenas de esqueletos, cosa a que estaban ya acostumbrados, se veían distribuidos por todo el recinto. Dos de ellos empuñaban aún los instrumentos con que habían estado abriendo una caja semejante a las que habían visto abajo, y los demás parecían haber muerto repentinamente cuando manejaban alguno de los complicados aparatos instalados junto a las paredes, mientras en el centro había varios pequeños vehículos en distintas fases de construcción.

-¡Imposible!

-¿Qué es lo imposible, profesor? -preguntó extrañado Sam Gibson-. ¿Acaso no resulta lógico que sean montados aquí dentro los aparatos cuyas piezas van en las cajas almacenadas en los otros niveles que hemos visitado? Si las iban a utilizar aquí dentro, me parece bastante natural.

-Y lo es, capitán; lo es. Pero no en la forma que lo estamos

viendo. Fíjese usted que los pisos más bajos se hacen servir de almacén, y es donde se depositan las cajas cuando son traídas desde el exterior; que suponemos que la entrada debió de estar en los niveles más altos, junio a la superficie de Ganímedes. Luego no resulta muy natural que las piezas se dejen lo más lejos posible de la entrada para volverlas a subir con el ascensor hasta el taller de montaje, y luego continuar hacia arriba hasta el lugar dónde hayan de ser utilizadas. ¿No les dice eso nada a ustedes?

-Comprendo su idea, pero...

-Pero no ve, ni yo tampoco, el objeto de tanta maniobra, cuando lo sencillo sería todo lo contrario. Lo cual me hace suponer que debajo del último nivel aún queda algo más que quizá sería interesante visitar.

-De acuerdo por mi parte -intervino Jacobs, que había asistido en silencio a la conversación-. ¿Nos vamos ya?

-No tengo inconveniente -asintió Potter-. Creo que es más interesante lo que podemos encontrar abajo que lo que hay aquí. Y siempre podremos dar otra mirada al regreso.

* * *

La disposición de las cajas en los almacenes parecía indicar que la entrada y salida se realizaban por medio del ascensor o montacargas que estaban utilizando para sus correrías, ya que todas las paredes estaban ocultas tras las pilas de cajas y no era creíble que se obstruyese de esta forma una puerta necesaria para introducir nuevas reservas de materiales. Pero, por más que lo intentaron, les fue imposible hacer descender el inmenso jaulón ni un milímetro más, y Potter comenzó a vacilar en sus convicciones. Incluso los demás, que se habían prometido nuevas, y quizá mayores, maravillas, estaban ligeramente decepcionados por el fracaso. Sentados unos, semiacostados otros, daban fin pensativamente al pequeño refrigerio que se habían servido, todos buscando alguna solución, sin decidirse a renunciar a la búsqueda de la misteriosa prolongación del subterráneo. Mike Jacobs se levantó y, sin decir palabra, salió a curiosear por el almacén, perdiéndole pronto de vista los demás.

-Es tan inaudito que no me convenzo de que estuviera

equivocado en mis deducciones. En unos niños cabe imaginar que realicen las tareas por el método más complicado, si no se les ocurre otro; pero en hombres altamente civilizados, como estamos viendo pruebas continuamente, resulta casi increíble.

Sólo Jerry Armstrong, más por afán polémico que porque no estuviese de acuerdo, le opuso al profesor:

-Señor Potter, ¿y si en realidad fuera así? Sin entrar a discutir lo que usted ha dicho, yo no concibo que un montacargas tenga un resorte especial que le permita descender más allá de donde alcanzan sus mandos normales. Si con ellos no podemos bajar más es porque no hay nada debajo... Gracias, Sheila.

Y tomando el cigarrillo que le ofrecía la joven, se absorbió en la tarea de desarrugarlo, encendiéndolo cuidadosamente, mientras ella distribuía el resto entre los demás. El profesor Potter siguió con la vista el paquete vacío, que trazó una parábola para caer al suelo del almacén varios metros más allá, mientras daba distraídas chupadas al pequeño cilindro blanco que mantenía entre sus dedos.

Con una ligera exclamación de sorpresa, se adelantó el científico unos pasos, deteniéndose de pronto como buscando algo, mientras se acariciaba la barbilla, intrigado. Dando media vuelta se encaró con la doctora.

-Una pregunta, Sheila, ¿podrías decirme hacia dónde has lanzado tu paquete vacío?

Ella le miró perpleja, sin acabar de entender la pregunta tan claramente formulada.

-Pues... no sé. Lo arrojé maquinalmente, sin fijarme a donde iba a parar. Creo que... ¡ahí está! -señalando el arrugado estuche que destacaba claramente unos pasos detrás del profesor, contra el fondo oscuro del piso. El hombre se volvió con rapidez.

-Efectivamente, ahí está... ahora. Pero hace unos momentos, no. Lo vi caer en ese mismo lugar, pero al llegar al suelo desapareció. Y ahora... parece haber regresado.

-Pero, profesor... -Sheila era la única persona del grupo que se permitía alguna chanza con él-. Me parece usted demasiado joven para que empiece a chochear. ¿Dónde quiere que haya ido el paquete durante esos momentos?

-Eso me gustaría saber -murmuró el sabio distraídamente. De pronto se irguió, gritando-: ¡Mike!

El aludido se sumó al grupo al cabo de unos segundos. Parecía haber estado cerca de allí.

-¿Llamaba, profesor?

-Sí. ¿Qué has estado haciendo por ahí fuera?

-Pues... mirando por aquí y por allá... Dando vueltas.

-¿Y no has tocado ningún aparato o resorte hace unos momentos?

-Sí, señor. ¿He hecho mal, acaso? Había un conmutador desconectado ahí detrás, y pensando que no era fácil que estuviera tan a la vista siendo peligroso, he dado el contacto. Pero, como no parecía ocurrir nada, lo he vuelto a cerrar. Había pensado que tal vez abriese la puerta que hemos estado buscando...

-Pues así es, en efecto: la has abierto.

-Yo no he visto nada -protestó débilmente.

-Pero yo, sí. Vuelve allí y, cuando yo te avise, lo conectas de nuevo -y mientras el teniente se alejaba, llamó a los otros-. Venid aquí todos y mirad el paquete. ¿Estás dispuesto ya, Mike?

-Sí, señor; cuando usted quiera.

-Pues... ¡ahora! -y en el acto se esfumó el misterioso envoltorio, cual si nunca hubiera existido. Con una exclamación de asombro, Sam Gibson intentó acercarse, lo que impidió Potter enérgicamente:-¡Cuidado! Podrías desaparecer igual que el paquete. Quita el contacto, Mike -y mientras el capitán retrocedía asustado, volvió a verse sobre el suelo el objeto de las miradas de todos.

-¿De acuerdo en que hemos encontrado el paso? -todos parecían estar conformes con esta opinión, y Potter prosiguió-: Pues ahora creo que lo que debemos hacer es cruzarlo. ¿No lo buscábamos para eso? -preguntó al ver algunas miradas dubitativas.

-Si, es cierto. Pero... la verdad, no me gusta esta clase de puerta, que carece de todo parecido con las que son normales en la Tierra -manifestó Sam Gibson, coreado con asentimientos de cabeza

por parte de algunos de los otros-. ¿Usted qué cree que es?

Mike se acercó en aquel momento.

-Pero, vamos a ver: ¿dónde está ese misterioso paso? Yo no veo nada de particular por ningún lado.

-Ahí lo tienes -señaló Armstrong hacia el lugar que ocupaba el famoso paquete,

-¿Eso? Venga, hombre, no me vengas con tomaduras de pelo.

-No, si no te digo ese papel, sino el lugar donde se encuentra. Ahí está la puerta.

-¡Ah! Ya comprendo. Se trata de alguna trampilla que se abre, dando paso a otro subterráneo y...

-Nada de eso -le interrumpió el profesor-. Es algo mucho más serio, y que creo conveniente veas tú también por si puedes ayudarnos a descifrar el enigma. Muéstrame el interruptor -y cuando lo hubo hecho, le ordenó que volviera con los otros para observar el nuevo experimento.

El teniente dio media vuelta en obediencia a las instrucciones recibidas, encaminándose hacia la entrada del ascensor. Iba con la mirada fija en el enigmático envoltorio, y se encontraba a pocos pasos de él cuando Potter, creyendo que ya había llegado, estableció el contacto, viendo Mike como desaparecía el paquete durante una fracción de segundo, para tenerlo inmediatamente de nuevo bajo su vista.. Pero ambos se encontraban en un lugar completamente distinto a aquel en que estuvieran un momento antes.

Esta sensación desapareció instantáneamente; Sheila corrió a arrojarse en sus brazos, sollozando, y mientras trataba de consolarla lo mejor que le era posible, se estuvo preguntando a qué podría deberse aquella explosión de sentimiento.

-Pero ¿qué te pasa? -preguntó, acariciándole la rubia y sedosa cabellera-. ¿A qué vienen esos lloros?

Ella se apartó, mirándole fijamente como si no diera crédito a lo que oía.

-Pero, ¿te parece poco motivo el que...?

-No te molestes, Sheila -intervino el profesor, acercándose-. Él ni se ha dado cuenta.

-¿De qué no me he dado cuenta? -inquirió Jacobs, desasiéndose con suavidad de las manos de la joven, que le sujetaba convulsivamente.

-De que has cruzado la puerta. Ha sido sólo cuestión de un segundo, ya que al verte desaparecer corté la corriente.

-¿Quiere decir que yo...? Pues, francamente, no me he enterado. Mejor dicho -agregó, pensándolo mejor-, creo que vi desaparecer el paquete por un instante y luego estuvo allí otra vez, delante de mí al dar otro paso; y también tuve la impresión de estar en otro lugar. Pero no pude fijarme en detalles, ya que inmediatamente estuve de vuelta.

-Pues nos has ahorrado mucho trabajo, a pesar del susto. Ahora sabemos que se puede cruzar impunemente el campo que origina la puerta.

-¿Qué campo es ése? ¿Y a dónde conduce?

-Eso tendremos que averiguarlo pasando al otro lado. En cuanto a la naturaleza de la puerta, si no estoy equivocado en mis suposiciones, es algo que jamás creí que pudiera traducirse en realidad: un transmisor de materia.

Instantáneamente pudo ver un completo muestrario de sensaciones en los rostros de los componentes del grupo que le rodeaban: incredulidad, ignorancia y pasmo se mezclaban en las expresiones de los componentes del grupo. Armstrong preguntó:

-¿Un transmisor de materia? ¿Y qué es eso?

-Como comprenderás, no lo sé, ni tengo idea del principio científico en que se funda. Pero supongo que se trata de algo que, influyendo en la estructura del continuo espacio-tiempo, tal como lo entendía Einstein, origina una especie de pliegue en él, poniendo en contacto dos puntos que, de otro modo, pueden estar separados entre sí por grandes distancias. La constitución del espacio es algo que estamos muy lejos de comprender y, aunque imposible para nuestros conocimientos actuales, quizá sea factible realizar algo semejante. En cuyo caso tú, Mike, durante esa fracción de segundo, lo mismo puedes haber estado a dos metros de aquí que a varios millones de años-luz.

-Pero eso no puede ser -rebatió el aludido-. Según las teorías de Einstein, que usted mismo ha nombrado, nada puede viajar a mayor velocidad que la luz, so pena de quedar íntegramente convertido en energía.

-Eso es algo que, en primer lugar, no se ha demostrado prácticamente, y en segundo, que no se aplica a nuestro caso, ya que tú te has desplazado sin moverte en realidad. Pondré un ejemplo: imaginemos un camino recto, de varios kilómetros de longitud; podemos suponer que para recorrerlo son necesarias tres horas. Pues bien, si por el medio que fuere, conseguimos curvar ese camino hasta convertirlo en un círculo, superponiendo los dos extremos, tú no tendrás que darte una caminata, ya que con un simple paso hacia atrás habrás llegado al final. ¿Comprendido ahora?

Zanjada esta cuestión, se planteó la controversia sobre quiénes cruzarían la Puerta, como ya la habían bautizado, para ver lo que había al otro lado. Se acordó que irían un grupo de jóvenes, bien a pesar de Potter que, cuando no por un motivo, por otro, tenía que quedarse siempre atrás. A falta de cosa mejor, se permitió unos consejos a los expedicionarios.

-Tened en cuenta que es muy posible que al cruzar esa Puerta os halléis en un mundo del que no sabéis nada, desde la configuración física de sus habitantes, si los tiene, hasta las condiciones ambientales de todo tipo que imperan en él. Cabe pensar fundadamente que su atmósfera sea respirable para nosotros, como lo es la de aquí, de la que no creo que difiera gran cosa, pero yo os aconsejaría que llevarais algunas armas con vosotros para preveniros contra cualquier eventualidad, así como provisiones concentradas para algunas semanas. Como no podemos tener una idea, ni siquiera aproximada, del tiempo que vais a estar ausentes, me parece poco prudente dejar la Puerta abierta, con riesgo de que penetre por ella alguien, o algo, indeseable; nosotros permaneceremos aquí ininterrumpidamente tres días, dejando el paso libre cada cinco minutos durante un minuto. Luego vendremos cada otros tres días, y a las doce en punto se abrirá por espacio de cinco minutos; tened esto en cuenta y, sobre todo, no contéis como días para estos efectos los del astro donde podáis encontraros, que pueden ser de duración muy diferente a los terrestres. Fiad únicamente en vuestros relojes.

Al día siguiente, cargados con sus repletas mochilas, se colocaron Mike, Gibson, Jerry Armstrong y Mark Stevens, junto con Sheila, a la que fue imposible disuadir, en el centro de la Puerta y el profesor Potter accionó el resorte, viendo como en el acto se

esfumaban. Cuando cinco minutos más tarde quitó el contacto, no quedaba de ellos más rastro que la punta humeante de un cigarrillo que había estado fumando Jerry Armstrong.

CAPÍTULO VII

Tan pronto el profesor Potter hubo puesto en funcionamiento la Puerta, sintieron que las fuerzas les faltaban, doblándoseles las rodillas hasta dar con ellos en el suelo. Asombrados, se miraron unos a otros sin comprender lo que les ocurría, hasta que Gibson exclamó:

-Muchachos, ya no estamos en Ganímedes. Hemos ido a parar a otra parte donde la gravedad es bastante superior, y al no estar acostumbrados a ella, nos ha sorprendido. Pero pasará pronto, cuando nos acomodemos a las nuevas circunstancias.

-Pues tendremos que acomodarnos de prisa si queremos seguir adelante. El profesor cerrará dentro de unos momentos, y si aún estamos aquí, volveremos a Ganímedes.

Comprendiendo lo acertado de estas palabras de Mike, se esforzaron en arrastrarse fuera de la Puerta, y sólo entonces se permitieron echar un vistazo a su alrededor. Se encontraban en el centro de una inmensa caverna, muy semejante a la que abandonaran segundos antes, de tal forma que, a no ser por la falta de los grandes amontonamientos de cajas de maquinaria y la ausencia de sus compañeros, hubieran pensado que permanecían en el mismo sitio. Rápidamente se encaminaron hacia un extremo, en el que se iniciaba un túnel de suave pendiente que parecía la única salida. Antes de comenzar el descenso se detuvieron a observar el cierre de la Puerta, pero el único detalle que les permitió apreciarlo y que estaban completamente aislados del mundo para ellos conocido, fue la desaparición de la pequeña voluta de humo indicadora del lugar donde Jerry había dejado el resto de su cigarrillo. Dando media vuelta, emprendieron la marcha por el amplio pasadizo.

Suelo, paredes y techo estaban recubiertos con el mismo material que ya observaran en su primer viaje al subterráneo de Ganímedes, y a pesar de sus reiterados intentos, les había sido imposible arañar siquiera su extraordinaria dureza con las más cortantes herramientas. La suave iluminación parecía proceder del propio revestimiento, ya que no pudieron hallar por ningún lado tubos, bombillas ni artificio alguno que pudiera originarla.

Llevaban más de medio kilómetro de recorrido, siempre en descenso y como trazando una amplia espiral, cuando comenzaron a percibir un lejano rumor que, según se iban acercando, acabó por

convertirse en un trueno espeluznante; y poco después se veían detenidos por una imponente cortina de agua que les cerraba el paso por completo. Indecisos, se agruparon para cambiar impresiones a voz en grito entre aquel formidable estruendo.

-¡Tiene que haber una salida! -aulló Mike con toda la potencia de sus pulmones, al oído de Gibson. Éste asintió; no podía ser de otro modo, puesto qué el túnel debía continuar forzosamente al otro lado.

Se dedicaron a la búsqueda, distribuyéndose a todo lo ancho del corredor. Mike y Gibson, despojándose de sus mochilas y parte de la ropa, se acercaron a la catarata, tanteando cuidadosamente para comprobar si el piso se interrumpía bajo las aguas; no pudieron llegar muy lejos en sus averiguaciones, ya que la enorme fuerza con que caía el líquido les impidió seguir más allá del primer metro. Cuando se levantaban del suelo, completamente mojados, observaron que Armstrong les hacia señas desde uno de los lados del túnel, y aproximándose a él pudieron ver que junto a la pared el agua no parecía caer con tanta fuerza; pegándose al muro les sería posible pasar, si bien quedarían calados hasta los huesos. Caminaron unos cuantos metros, tanteando cuidadosamente a cada paso, hasta encontrarse sobre una estrecha cornisa, resbaladiza por la humedad, recibiendo sobre sus cuerpos las violentas salpicaduras de la caída de agua, pero ya fuera de la catarata. En algún punto de su recorrido cesó el revestimiento artificial y apoyaron los pies sobre roca desnuda. Estaban completamente a oscuras.

Empuñando las potentes linternas de que iban provistos, pudieron seguir, deslizándose con infinitas precauciones por el viscoso voladizo, que poco más adelante se ensanchaba hasta permitirles caminar con cierta seguridad; pudiendo entonces observar más detenidamente el lugar en que se encontraban. Se trataba de una gran caverna, pero al contrario de todo lo que llevaban recorrido hasta ahora, parecía obra de la naturaleza, excavada por las aguas del caudaloso río que discurría por ella. Estaban ya lo suficientemente alejados del apocalíptico estruendo que les ensordeciera, como para poder conversar normalmente.

-No me negaréis que los tíos que hicieron eso que dejamos atrás, sabían lo que llevaban entre manos. ¡Vaya manera de disimular su almacén! Un río subterráneo, una catarata y, por si eso fuera poco, un transmisor de materia -observó Armstrong.

-Sus motivos tendrían para ello, no lo dudes -repuso Mike. Y constituido en jefe del grupo por acuerdo tácito entre todos, continuó-:

Creo que lo más conveniente será seguir el curso del agua mientras nos sea posible. Seguramente traían todo por él en barcazas, por lo que podemos suponer que es, o al menos ha sido, navegable alguna vez, y hay bastantes probabilidades de que nos lleve a la superficie de este mundo con relativa facilidad. Salvo que el transporte haya sido hecho con submarinos, en cuyo caso tendríamos que volver atrás para proveernos de los trajes espaciales. Pero no creo que hayan complicado la cosa hasta ese extremo.

Aceptada esta opinión como la más sensata, continuaron su camino. Algunas veces tenían que vadear el río como única posibilidad de seguir adelante, y en una o dos ocasiones les fue preciso dejarse llevar por la mansa corriente durante largos trechos, ante la imposibilidad de hacer pie. Con frecuencia dejaban atrás túneles de distintos tamaños, unos a suficiente altura como para estar en seco, y otros que aportaban sus pequeñas corrientes al canal, o las tomaban de él. Pero siempre seguían por el cauce principal como el más apropiado para sus fines: alcanzar la superficie del desconocido astro en que se encontraban.

Tres días anduvieron, siempre corriente abajo, descansando, cuando podían, en algún pequeño rellano, o a la entrada de alguna cueva lateral. Sus compañeros que habían quedado atrás ya no abrirían la Puerta hasta dentro de otros tres días; pero ellos, aún en el supuesto de que emprendieran el regreso ahora, cosa que no tenían la menor intención de hacer, no la podrían alcanzar con tiempo para la próxima vez que quedara el paso libre.

Al cuarto día se les presentó un obstáculo imprevisto: habían ido observando que el techo de la caverna parecía descender más y más, hasta el extremo de hacerles pensar que a poco trecho de allí tal vez se vieran detenidos al inundar las aguas la totalidad del túnel. Afortunadamente no ocurrió tal cosa, sino que algo más adelante hacían pie de nuevo sobre unas grandes rocas, desprendidas al parecer del techo, que habían cegado casi completamente el curso normal de la corriente. Con mayores dificultades pudieron seguir adelante, algunas veces casi a rastras, deslizándose entre peñascos de todos los tamaños imaginables. El agua, detenida por este embalse, seguía en parte por otro túnel, que llenaba casi por completo, y una vez salvado el impresionante amontonamiento, el antes caudaloso río quedaba convertido en apenas un riachuelo de regular caudal. Esto les permitió caminar más deprisa por el pedregoso suelo, y unas horas después divisaban a lo lejos un tenue resplandor que, según se iban acercando, les confirmaba más y más en el convencimiento de que se trataba de la luz del día.

Acordaron no efectuar salida alguna hasta caer la noche, ya que al amparo de la oscuridad serían más difícilmente descubiertos si alguien vigilaba por los alrededores. Acercándose hasta la entrada vieron que un nuevo desprendimiento en ella la había obstruido casi por completo, quedando apenas un pequeño hueco por donde introducirse a rastras, bastante disimulado desde el exterior por un espeso matorral. A falta de otra distracción, cortaron algunas ramas, que se entretuvieron en estudiar; pero los escasos conocimientos de botánica que poseían entre todos poco pudieron decirles: el aspecto general era el que conocían de su planeta natal, y en el lugar por donde practicaban los cortes goteaba un líquido espeso muy semejante a la resina común. Llegaron a la conclusión de que, salvo su completa ignorancia de la clase de vegetal de que se trataba, podía muy bien haber pertenecido a la flora terrestre.

* * *

Poco a poco fue mitigándose la luz que penetraba por la estrecha abertura, pero por más que esperaron durante varias horas a que anocheciese por completo, se vieron obligados a salir finalmente bajo una luz crepuscular bastante intensa. Jerry Armstrong comentó:

-También se necesita mala suerte, hombre. ¿Cómo se les habrá ocurrido tener una luna llena esta noche precisamente? Si al menos hubiera algunas nubes...

Pero no se trataba de la luna llena, sino de dos de ellas, de un tamaño aparente mucho mayor que la de la Tierra y, además, de un número incalculable de estrellas corno jamás les había sido dado contemplar antes de ahora, ni aún desde el espacio. El cielo estaba tachonado de ellas hasta el punto de que en ciertos sectores se confundían unas con otras, formando una especie de nube plateada de cegadores destellos. Mike, el primero, en comprender el significado de lo que estaba viendo, lanzó un tenue silbido.

-Muchachos, el profesor tenía razón. Estamos a quizá veinte mil años-luz del Sol en dirección al centro de la Vía Láctea, donde sabéis que las estrellas están tan próximas entre sí que prácticamente se tocan.

Sheila ahogó un gemido,

-¿Qué te ocurre? -preguntó solícito el teniente, pasándole un brazo por los hombros.

-Pienso que ya no volveremos a ver a nuestros amigos, ni podremos regresar a la Tierra. El profesor Potter hace varios miles de años que ha muerto y no habrá nadie que vigile la Puerta para permitirnos el paso. Se habrá perdido nuestro recuerdo...

-Pero... ¿qué tonterías estás diciendo? -Mike estaba estupefacto, y los demás no habían quedado menos asombrados al oiría.

-¿No te das cuenta? -insistió ella desesperadamente-. Si nos hemos trasladado a tanta distancia, el curso del tiempo ha cambiado para nosotros, y en la Tierra han transcurrido muchísimos siglos. Lo leí hace tiempo en un libro divulgativo de la teoría de la relatividad.

-Es cierto. Yo también recuerdo haber leído algo de eso - susurró Mark Stevens, anonadado.

-¡Majaderos! -se indignó el teniente-. Mark, recuérdame cuando volvamos que he de anotar en tu expediente que eres tonto de solemnidad. No ocurre nada de lo que teméis -haciendo un esfuerzo, intentó convencerles-. Como nos dijo el profesor *el otro día*, y no hace varios miles de años, no hemos viajado ni un solo metro para trasladarnos de Ganímedes a aquí, ni por tanto reza con nosotros ese postulado de la teoría de la relatividad que, por otro lado, está todavía por ver que sea cierto: no se ha podido demostrar prácticamente. En términos vulgares, lo que Einstein afirma es que cuando un cuerpo viaja a grandes velocidades se atrasa, como si dijéramos, su *reloj*; no porque sea así en realidad sino porque disminuye su ritmo vital, e incluso la actividad electrónica de los átomos se vuelve más lenta. Este proceso se intensifica más cuando más cercana a la de la luz es la velocidad adquirida. Si suponemos un objeto que, saliendo del Sistema Solar, se dirigiera hacia la estrella más cercana, Próxima Centauri por ejemplo, con rapidez pareja a la de la luz, invertiría en el viaje de ida y vuelta los nueve años y pico. Para el reloj o la persona que hiciera este recorrido es posible que apenas hayan transcurrido unas pocas horas, pero los que permanecieron en la Tierra verán pasar los años. No obstante, nuestro caso no es el mismo, ya que hemos venido por un atajo y el tiempo pasado es el mismo para nosotros que para los que permanecieron en Ganímedes. ¿Está claro?

Si bien algo les tranquilizó la seguridad demostrada por Mike, no quedaron muy seguros. Resultaba difícil desarraigar de la gente

convicciones largos años mantenidas, y hacerle comprender en un instante que lo que se creía puro Evangelio no era sino la falsa interpretación de una verdad por completo distinta.

Liquidado el pequeño incidente, continuaron bajando la suave ladera en que el derrumbe se había convertido. Debía hacer bastantes años desde que se produjo, ya que la tierra había cubierto las rocas desprendidas, y una lujuriante vegetación crecía por doquier. Mike tuvo buen cuidado de fijar en su mente los detalles más importantes del terreno para poder localizar con rapidez la caverna en caso necesario, y cuando alcanzaron el riachuelo que brotaba de la parte baja, siguieron su curso, única forma de no perder el camino de regreso en medio de la tupida selva que estaban cruzando. Bajo la luz que recibían de las alturas resultaba difícil identificar los gigantescos árboles que se elevaban a su alrededor, pero los terrestres hubieran jurado que ni uno solo de ellos era exactamente igual a los que conocían.

Un detalle llamó la atención de Mike, haciéndoselo observar a sus compañeros: aparte del débil susurro del viento en las ramas de la arboleda, el silencio era sepulcral; ni un solo grito o chirrido, tan comunes en cualquier bosque de la Tierra, podía oírse en torno suyo, causando la impresión de que la vida animal no tuviera lugar entre tanta vegetación, lo que les desconcertó bastante.

Llevaban caminando bastante tiempo y decidieron tomarse un corto descanso junto al pequeño remanso que formaba la corriente en aquel lugar. Dejando sus pesados equipos junto a una gran roca, se tendieron en el suelo, saboreando los primeros cigarrillos que fumaban al aire libre en aquel desconocido planeta.

-Esta carencia tan absoluta de vida animal me escama -comentó Mike-. Diríase que todos los animales se han ocultado para pasar la noche, temerosos de algún peligro. Pero ¿cuál puede ser éste? O tal vez no haya animales aquí.

Nadie contestó a estas interrogantes, por la sencilla razón de que estaban tan enterados como él mismo.

Un leve rumor sobre sus cabezas les hizo levantar la vista, y allí vieron a Sheila, erguida en lo alto del peñasco que caía perpendicular sobre e1 remanso. Su escultural figura estaba cubierta solamente con un breve bañador de dos piezas, que apenas le ocultaba unos centímetros cuadrados de piel.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó Mike, poniéndose en píe de un salto.

-Ya lo ves. Bañarme, que bien lo necesitamos todos. Os aconsejo que me imitéis.

-No se bañará nadie -aseguró él con firmeza-. Acabamos de llegar aquí e ignoramos prácticamente todo. No sabemos nada de las criaturas que puedan habitar en este planeta, tanto en tierra como en el agua.

-Pero hemos visto que no hay animales...

-Lo que no presupone que no hayan seres vivientes peligrosos en el agua.

-Está bien, tirano. Seguiremos oliendo a cuadra...

La joven inició el descenso por el lado contrario al que se encontraban los hombres, y apenas se había perdido de vista, le oyeron un grito desgarrador, de pánico infinito.

-¡Mike! ¡Auxilio!

Los cuatro hombres corrieron atropelladamente hacia ella, pero antes de alcanzarla se vieron asaltados por una multitud de seres que les inmovilizaron rápidamente, sin darles tiempo a defenderse.

Las sombras de los árboles apenas permitían distinguir otra cosa que unas siluetas oscuras, más altas que los terrestres, que seguramente debían ir provistos de garras, a juzgar por el agudo dolor que sentían en los lugares por donde les sujetaban. Mike consiguió largar un puñetazo a uno de aquellos individuos antes de perder la libertad de movimientos; ignoraba en qué parte del cuerpo le había acertado, pero a juzgar por el dolor que sentía en su propia mano, debió golpear una parte ósea o pieza de armadura, seguramente sin gran perjuicio para el agredido.

Cuando los terrestres dejaron de luchar se les permitió ponerse en pie, y sin pronunciar una sola palabra los empujaron, haciéndoles avanzar en determinada dirección, alejándose de la corriente de agua que les había traído hasta allí. Todos iban cubiertos de arañazos, algunos de los cuales sangraban profusamente, y Sheila se quejaba de agudos dolores en un tobillo que se había torcido al caer sobre ella los que la aprisionaron. Mike tuvo que llevarla en brazos para evitarle sufrimientos y no dar lugar a que la maltrataran sus captores si se

retrasaba.

Escasamente diez minutos después de haber sido sorprendidos, se encontraban ante una gigantesca edificación, cuyos muros se perdían en la distancia a uno y otro lado. Un gran portalón se abrió ante ellos para dejarles paso, y ya en el bien iluminado zaguán pudieron contemplar por vez primera claramente a los seres que les habían aprehendido: la primera palabra que acudió a la imaginación de los terrestres fue *hormigas,* de dos metros largos de estatura, y si bien de aspecto vagamente humanoide, la cabeza enorme, grandes ojos de innumerables facetas, propios de los insectos, y dos largas antenas que podían mover a voluntad en todos los sentidos. Todo ello sobre un torso negro como el carbón, reluciente la capa córnea que les recubría totalmente, y seis extremidades, los dos pares superiores con tres dedos en cada mano de torpe conformación para el trabajo mecánico, y el inferior con unos pies largos y estrechos, de los que se servían para caminar erguidos, provistos de agudas garras como las manos.

Allí habían muchos más seres de aquéllos, todos los cuales iban armados con una especie de fusiles, cuyo funcionamiento y efectos ni de lejos pudieron adivinar. Los que les conducían les empujaron por una puerta lateral hasta una pequeña habitación desnuda de todo adorno superfluo, donde tras una mesa se sentaba un hombre que hubieran tomado por coterráneo en otras circunstancias. El individuo les miró sin mucho interés, dirigiéndoles la palabra en un idioma del que, naturalmente, no pudieron entender una sola sílaba. Ante la pasividad de los cautivos, pareció perder algo de su aire aburrido, gritándoles colérico con el mismo resultado; aquel silencio exasperó al cabecilla de los hombres-hormiga que, saliendo de detrás de la mesa, agitó un puño en el aire con ánimo de golpear a Gibson, que era quien mas cerca de él se encontraba... para verse sorprendido con un tremendo puntapié en el abdomen que lo tumbó sin respiración sobre la mesa. Jacobs, autor de la agresión, no supo nunca lo que ocurrió después: una especie de sacudida le recorrió el cuerpo de pies a cabeza, y su última sensación antes de perder el sentido fue de un tremendo dolor en la nuca, como si le estuviesen decapitando lentamente.

CAPÍTULO VIII

Las hormigas le corrían por todo el cuerpo en incontables millones, arrancándole infinitesimales partículas de piel, que iban a depositar en el orificio que le estaban taladrando en el occipucio; el sufrimiento era algo intolerable, y todos los músculos de su cuerpo se agitaban espasmódicamente sin orden ni concierto, añadiéndose los dolores de sus antinaturales movimientos a los producidos por las miríadas de animalitos que se afanaban en dejarle rápidamente mondado el esqueleto. Mike, aunque ponía en tensión todos sus nervios, no podía efectuar ningún movimiento coherente que le aliviase, y se retorcía impotente en una espantosa e interminable agonía. Muy lentamente, a fuerza de infinitos siglos de probaturas, consiguió su cerebro transmitir alguna orden al anárquico conglomerado, y aunque al principio un deseo de mover la mano derecha se traducía en cerrar firmemente la boca, o la tentativa de enfocar la visión terminaba en un violento puntapié, pudo al fin coordinar los distintos sectores de su organismo hasta reconocer la lejana voz que le llamaba:

-¡Mike, cariño! ¡Contéstame! -sus ojos dejaron de bailar, concentrándose en la hermosa visión que se inclinaba angustiada sobre él. Con un esfuerzo consiguió esbozar una ligera sonrisa-. ¡Oh, gracias, Dios mío! Parece que se recupera.

A su alrededor fue reconociendo el círculo de ansiosos rostros: Sam, Jerry y Mark le vigilaban estrechamente, como dudando que algún día volviese a ser el mismo Mike Jacobs de antes. Pero ahora se iba reponiendo rápidamente, y aunque de vez en cuando escapaba algún movimiento a su control, al cabo de pocos minutos era casi completamente dueño de sí, quedándole sólo como recuerdo una sucesión de intensos pinchazos que le martirizaban la espalda, especialmente en la parte superior.

-¿Qué ha pasado? -preguntó cuando pudo incorporarse. Se encontraban en una espaciosa habitación que apestaba a humanidad amontonada; sonoros ronquidos se escuchaban por doquier, y alguno de los varios centenares de durmientes que llenaban el duro suelo, debía sufrir pesadillas, dejando escapar entrecortados gemidos-. ¿Qué lugar es éste?

-Sabemos tanto como tú, o bien poco más -explicó Gibson-.

Cuando el insecto aquel te largó el tiro creímos que te había matado, pero por señas nos ordenaron que te recogiéramos y nos dejaron encerrados aquí. ¡Vaya susto que nos has hecho pasar!

-Pero ¿me han pegado un tiro? ¿Dónde?

-No ha sido con bala, por lo que sabemos. No tienes ninguna herida -aclaró Sheila-. Debes haber recibido una especie de descarga eléctrica.

-¿Y cuánto tiempo he estado sin sentido?

-Unas dos horas, pero ¡hay que ver cómo saltabas! Parecías el rabo recién cortado de una lagartija...

-Y ahora me siento como ese mismo rabo cuando ha dejado de moverse. No debo tener un hueso sano.

-Es natural. Has hecho más ejercicio en esas dos horas que en toda tu vida anterior -interpuso Jerry-. Al principio no te movías en absoluto. Caíste fulminado.

-Todavía lo estoy. No podéis haceros idea de lo mal que se pasa. Uno pierde el control sobre sus músculos y éstos se dan la gran vida actuando cada cual por su cuenta. Los dolores eran tan intensos que perdía continuamente el sentido hasta que un nuevo acceso me lo hacía recuperar. Especialmente en la nuca me daba la impresión de tener trabajando un martillo neumático.

Al llegar aquí, pudo darse cuenta de que Sheila se apretujaba contra él, temblorosa. La casi total ausencia de ropa sobre su cuerpo había permitido que el frío de la noche, mientras eran conducidos hasta allí, se cebase en ella, y ahora, la natural reacción después de las emociones pasadas, se agregaba al enfriamiento. Venciendo los agudos dolores de su espalda, Mike se despojó de camisa y pantalón, entregándolos a la joven, mientras él quedaba vestido únicamente con unos *shorts*. Instantes después, la muchacha dormía, fuertemente abrazada a él, como en demanda de protección.

* * *

Una enérgica voz les despertó sobresanados cuando apenas les

parecía haber dormido unos instantes. De todos los rincones de la inmensa celda comenzaron a salir figuras en dirección a la enrejada puerta, mientras los terrestres se quedaban mirándoles desfilar. Hombres y mujeres se entremezclaban sin distinción de sexos, formando en una larga hilera que lentamente salía del dormitorio para perderse en los corredores del inmenso edificio. Ante la pasividad de los nuevos cautivos, uno de los hombres que habían dirigido la maniobra, portador de una especie de pistola al cinto, semejante a la que hirió a Mike según le dijo Gibson, y un largo y delgado machete enfundado, se acercó hacia ellos, gritando perentorias órdenes que supusieron de incorporarse a la procesión que ya desaparecía por un recodo. Rápidamente, para evitar la desagradable caricia del arma, se levantaron, y a los pocos instantes estaban formados al final de la hilera.

La jornada fue infernal para los terrestres, poco acostumbrados al rudo trabajo de descargadores de muelle que se les asignó, si bien todos ellos eran poseedores de una fortaleza física más que mediana, y pudieron resistir sin agotarse. Su tarea de aquel día consistió en acarrear sacos al piso superior, vaciándolos en una especie de tolva, teniendo que suplementar su carga con la que le correspondía a Sheila, que casi no podía tenerse en pie a causa de su lastimado tobillo. Por la noche les hicieron regresar al dormitorio comunal después de haberles entregado una especie de pan amasado, de sabor desagradable pero de alto valor nutritivo. El agua la tendrían en abundancia dentro de la misma celda.

Estaban tan derrengados que su único deseo era echarse a dormir inmediatamente, pero Mike comprendió que, de esta forma, pocas probabilidades tendrían jamás de alcanzar la libertad. Durante el día tuvo buen cuidado de procurar un acercamiento hacia un joven que les había caído en suerte como compañero, y ahora pretendía cobrarse los pequeños favores prestados. Así, mientras los demás dormían pesadamente, él y Sheila acapararon al otro, y dificultosamente, por señas, trataron de transmitirle su deseo de aprender su idioma. El muchacho, que apenas representaba mucho más de veinte años, aceptó encantado su misión de mentor, aplicándose a la tarea con entusiasmo; y en adelante, todas las noches robaban dos o tres horas al sueño, y durante el día procuraban trabajar juntos para seguir haciendo prácticas.

Según fue captando el teniente de las cada vez más fáciles conversaciones, el joven se llamaba Vlantug, y su raza era nativa de este planeta, denominado Tyrion. Los tyrinnios habían disfrutado hacía muchos siglos de una fabulosa civilización, que les llevó a

formar un inmenso imperio que abarcaba miles de estrellas, y habían dejado de tener sentido para ellos las distancias cósmicas que salvaban con facilidad en sus velocísimas naves. A ellos se fueron asociando nuevas razas que compartieron el paraíso... hasta que tuvo entrada en él la serpiente: los *glanwi*, unos seres inteligentísimos, amorales, sin sentimiento alguno, excepto el de solidaridad para con los de su propia especie, y un desprecio soberano para todas las demás formas de vida, a las que no consideraban sino como medios para alcanzar sus propios fines; eran los hombres-hormiga, cuyas costumbres se asemejaban asombrosamente a las de estos insectos, formando tribus en las que una o varias hembras tenían como única misión el proveer de habitantes a la colonia, mientras los machos, que podían ser incluso algunos centenares, atendían a su servicio, dirigiendo con su diabólica inteligencia la vida de la comunidad. El resto de los individuos eran asexuados y formaban la casta guerrera. Todos ellos carecían de habilidad manual y capacidad creadora, viéndose precisados a esclavizar a otros seres que llenasen estas funciones, mientras que ellos; por su imposibilidad de efectuarlo, consideraban el trabajo como indigno de su raza.

Los esclavos jamás veían a otros *glanwi* que los guerreros, seres mudos, con los que raramente mantenían contacto directo alguno. Todas las órdenes de los dirigentes se daban a través de los capataces, que podían alcanzar altas categorías, incluso en mando militar, y que no eran otra cosa que renegados tyrinnios, que trataban a sus congéneres con mayor despotismo, si cabe, que los propios *glanwi*, a fin de contentar a sus amos.

-¿Y cómo los jefes tyrinnios intercambian impresiones con los guerreros? Has dicho que son mudos...

-Nadie sabe cómo lo hacen.

-Comprendo. Prosigue la historia.

-Los *glanwi*, raza salvaje y belicosa, cuya inhabilidad manual les tenía sumidos en la barbarie, fueron incorporados al Imperio de Tyrion. Pero, poco a poco, nadie supo jamás por qué medios, fueron captando la voluntad de algunos tyrinnios, hasta entonces desconocidos por completo, que escalaron los puestos clave con la intención de dominar a las restantes razas asociadas, de las que utilizaban la mano de obra. Expulsados del Imperio por su afán de poderío, crearon la Confederación Centáurica, que arrolladoramente comenzó a conquistar grandes sectores de aquél, hasta controlarlo completamente, haciendo sus esclavos a los que antes fueron dueños.

»Nos utilizan en los laboratorios, como tripulación de sus astronaves, en las fábricas... para todos los trabajos, excepto para lo único que ellos sirven: de tropas de choque. Nos dominaron porque de natural somos una raza pacífica, aunque no cobarde, que no gustamos de empuñar las armas. Y ahora -continuó con amargura- hemos de tripular las naves en que trasladan sus ejércitos de un lugar a otro de la Galaxia.

-No das la impresión de ser un inculto esclavo -observó Mike, bastante sorprendido por los conocimientos de que daba muestras Vlantug, como si no les diera importan.

-Soy un esclavo... pero no inculto. Mi verdadero trabajo es de técnico electrónico en el astropuerto de Tyrion, pero por una avería en los aparatos se ocasionó un pequeño accidente y me condenaron a trabajar aquí durante cien días. Todos los demás que nos rodean están en la misma situación: son castigados a labores penosas por faltas cometidas en sus empleos.

-¿Y qué clase de trato os dan?

-¡Oh! pues regular. Si uno se comporta dócilmente y cumple su misión con fidelidad, se ve raramente molestado. Pero cualquier descuido involuntario o la protesta por una humillación sufrida, puede acarrearnos terribles castigos; uno de los más suaves es éste. Normalmente se le agrega una pena de varias descargas del látigo neurónico. Creo que tú lo has probado... -terminó con una sonrisa.

-¿Así se le llama? Pues, sí... y no resulta nada agradable, precisamente.

Naturalmente, una conversación tan larga no fue cosa de un solo día, ya que a las dificultades propias del escaso conocimiento del idioma tyrinnio por parte de Mike, había que añadir la necesidad de dar algún descanso a sus cuerpos derrengados por las pesadas tareas diurnas. En otra ocasión el terrestre quiso saber si había tyrinnios en libertad.

-Sí, los hay. Forman pequeñas tribus de algunas decenas de individuos, estrechamente vigiladas por los *glanwi*, que cada año les exigen un tributo consistente en algunos niños que se llevan para educarlos y hacerlos servir como esclavos. Cuando somos viejos o quedamos inutilizados por cualquier causa, nos devuelven con los nuestros. Es la única forma de evitar la extinción de la raza, ya que mientras estamos a su servicio no se nos permite contraer matrimonio;

-¿Crees que, si pudiéramos salir de aquí, les sería fácil cogernos de nuevo? -preguntó Mike.

-Más pronto o más tarde lo harían. Dominan y controlan todo el planeta. ¿Para qué quieres vivir como un fugitivo toda tu vida? No estarás peor si te conformas con la esclavitud y eres dócil. Al menos no te perseguirán como a una fiera. En cuanto a escapar de Shangol, o sea de este edificio, es empresa punto menos que imposible: vigilan muchas patrullas a todas horas. Y más allá está la selva, que cubre toda la superficie de Tyrion que no está ocupada por el mar. En ella, un hombre solo y desarmado no tiene la menor probabilidad de sobrevivir más de dos días.

-Pues nosotros no vimos ni rastro de vida animal. ¿Qué peligros puede haber?

-La parte de bosque que vosotros recorristeis es la que está rodeada por las murallas de Shangol. Allí los *glanwi* no han dejado animal alguno. Pero en el exterior... es muy distinto; incluso han aclimatado seres monstruosos traídos de otros planetas y utilizan la selva corno campo de caza.

-Difícil está la cosa, desde luego -tuvo que reconocer el terrícola, pensativamente-. Pero no nos queda más remedio que intentarlo, si no queremos quedarnos aquí para siempre.

-Cuando os trasladen a otro lugar será peor aún. ¿Por qué no conformaros? Yo tal vez podría mejorar algo vuestra suerte, pidiendo que os destinaran como ayudantes míos. ¿Qué tareas técnicas podéis desempeñar?

-Pues... en mi mundo, hubiera dicho que somos todos unos excelentes mecánicos, y hasta tenemos conocimientos bastante amplios sobre electricidad y electrónica, excepto la muchacha, que es médico. Pero aquí no sé si pasaremos de ser unos simples principiantes. Estáis muy avanzados, creo yo.

-No tanto -rió Vlantug-. Lo estaríamos a no ser por el *boicot* que continuamente hacemos los tyrinnios esclavos, con lo que, en realidad, los *glanwi* van perdiendo poco a poco su poderío. Pero a lo que íbamos: a pesar del tropiezo que me ha traído aquí, estoy bastante bien considerado. ¿Queréis venir conmigo? Yo lo podría arreglar. Y mi condena acaba dentro de dieciséis días...

-De acuerdo. Pero conste que no renuncio a la huida. Has dicho varias veces -observó, ocurriéndosele de pronto algo- que estamos en

una incubadora. ¿A qué te referías?

-Una incubadora es el lugar donde se cuidan los huevos de las hembras *glanwi* hasta que nacen de ellos los guerreros y alcanzan el estado adulto; y luego, cuando éstos llegan al final de su vida, convirtiéndose en crisálidas, cosa que ocurre relativamente pocas veces, ya que la mayoría mueren antes de alcanzar esta edad, se les trae también a las incubadoras para que de ellas *salgan* los machos y hembras de la especie. Todos necesitan cuidados y alimentación especiales hasta que llegan a la madurez, y Tyrion está casi exclusivamente dedicado a criadero.

* * *

A las sesiones nocturnas acudían regularmente Mark Stevens, Sheila y Jerry Armstrong, que progresaban en el conocimiento del idioma casi al mismo ritmo que el propio Mike. Todo lo contrarío ocurría con Sam Gibson que, desde que fueran hechos prisioneros, iba volviéndose más y más taciturno, rehuyendo la conversación con sus compatriotas; pero en especial evitando a Vlantug, tratándote despectivamente en cuantas ocasiones se le presentaban, como intentando darle a entender que le tenía por un ser inferior, indigno de ser honrado con su amistad. Mike procuraba paliar en lo posible estos roces, limando las asperezas; pero el capitán continuaba en su extraña actitud, llegando en algunas ocasiones a estar varios días sin intercambiar una sola palabra con los demás.

Y no se trataba de que estuviese ofendido con sus compatriotas, sino simplemente que el natural egoísmo de Gibson comenzaba a manifestarse de nuevo, luego del periodo de letargo sufrido a raíz del descalabro que por su mal temperamento les llevó a naufragar en Ganímedes, y estaba rumiando la idea, en su opinión genial, de intentar la evasión él solo, pensando, no sin cierta lógica, que siempre resultaría más sencillo ocultarse de perseguidores a un hombre aislado que a un grupo de cinco o seis; y que una mujer, por joven y fuerte que fuese, no podría jamás competir con un hombre atlético en caso de ser necesario fiar la salvación a la velocidad de la carrera o a la potencia de los puños, con lo que, llevando consigo a Sheila, se encontrarían en manifiesta desventaja. Decididamente, intentaría escapar por su propia cuenta, y allá se las entendiesen los demás. Si podían imitarle, que lo hicieran, pero él no les comunicaría

sus planes, no fueran a obstaculizarle, movidos por la envidia o el deseo de unirse a él.

Este aislamiento voluntario de Gibson hizo que transcurrieran las semanas sin que apenas llegase a tener un rudimentario conocimiento del idioma nativo, que, según su concepción de las circunstancias, no le era necesario en absoluto, ya que pronto estaría fuera de este maldito planeta: y ello fue el mayor obstáculo con que pudo tropezar en sus planes, ya que, cuando creyó llegado el momento oportuno, su falta de conocimientos del lugar en que se encontraba fue precisamente la causa de su fracaso.

Pensó que se presentaba la ocasión cierto día que, buscando como de costumbre el estar apartado de sus compatriotas, le correspondió en suerte la tarea de cargar sobre unos grandes vehículos las cajas vacías de víveres que habían de salir de la incubadora. Eran más de cincuenta hombres los encargados de aquel trabajo y no fue difícil para él subir a uno de los vehículos, el que, a juzgar por su posición, ocuparía el último lugar de la caravana, y ocultándose en uno de los envases vacíos, al amparo de la confusión reinante, esperar el momento oportuno. Sabía que el camino, al menos en sus principios, era bastante malo y la velocidad no sería mucha, permitiéndote saltar en marcha. Pero no contó con un imprevisto: que entre la caverna que era su objetivo y el lugar donde saltó del camión se interponía una alta muralla de más de veinticinco metros.

La espesa selva en que se encontró era muy semejante a la que recorriese en su primera noche de estancia en Tyrion, pero hirviente de vida animal, que a cada paso amenazaba acabar con él. Tuvo suerte, y a pesar de que no salió indemne, pudo salvar la vida, aunque a costa de innumerables rasguños y dejarse las pocas ropas que le quedaban puestas, enzarzadas entre las ramas bajas de los árboles en su desesperada huida hacia la salvación cuando una especie de locomotora, provista de enormes y afiladísimos colmillos, le persiguió tronchando árboles y lanzándote el nauseabundo aliento a las espaldas, al tiempo que emitía unos resoplidos que casi le abrasaron. No tuvo tiempo de entretenerse en examinar detenidamente su apariencia, y gracias a que la oportuna caída en una zanja le hizo ocultarse a la vista del peligroso animal, desprovisto al parecer de un agudo sentido del olfato, le permitió aguardar a que desapareciera en busca de otra presa más fácil.

Convencido de que aquél no era el mejor camino, optó por el regreso a la esclavitud y el castigo consiguiente.

No fue precisamente la bienvenida de un héroe la que le dispensaron los *glanwi* cuando, completamente destrozado, física y moralmente, apareció dos días después ante el inmenso portalón por donde había creído hallar el camino de regreso a Ganímedes. Terminada la cotidiana jornada de trabajo, al regresar los demás a la celda colectiva que les servía de dormitorio, pudieron ver en un rincón una silueta tirada, un hombre semidesnudo que, sangrando por innumerables heridas, se retorcía epilépticamente bajo los efectos de diez descargas neurónicas. Así acabó la aventura solitaria de Sam Gibson, el hombre que creíase el centro del Universo. Hasta tres días después no estuvo en condiciones de reincorporarse al equipo de esclavos, y los demás nunca supieron la verdadera causa de su ausencia ni del castigo sufrido, aunque pudieron conjeturarlo; pero en adelante, Gibson se guardó mucho de realizar planes por su cuenta: estaba escarmentado, si bien jamás se le vio descender de su pedestal para tender una mano amistosa hacia los tyrinnios. Hubiera sido pedirle demasiado.

CAPÍTULO IX

Los terrestres no estaban descontentos del nuevo trabajo que les había caído en suerte, pero Mike pensaba muchas veces si no hubiera sido mejor permanecer en la incubadora de Shangol, tan cerca del camino de regreso a Ganímedes. El tiempo transcurría, y comenzaba a temer que para cuando pudieran alcanzar el río subterráneo... si lo lograban algún día, el profesor Potter habría abandonado toda esperanza, dejándolos encerrados en la ratonera para siempre. A no ser que pudieran capturar una astronave, y aun así era mucha la distancia, y casi imposible que pudieran encontrar la ruta adecuada.

Bajo la tutela de Vlantug vigilaban los instrumentos de la complicadísima maquinaria semiautomática que ayudaba en el aterrizaje y despegue de las colosales astronaves que ponían en comunicación los más lejanos puntos del imperio *glanwi*. A través de las pantallas de sus televisores podían presenciar diariamente el magnífico espectáculo de un gran astropuerto, en cuyas pistas siempre se alineaban quince o veinte cigarros metálicos con longitudes que variaban desde los cien a los quinientos metros, además de la continua entrada y salida de los cohetes de las líneas locales. Debían poner exquisito cuidado en coordinar todo este intenso tráfico con rigurosidad cronométrica, para evitar una catástrofe que podía alcanzar proporciones espantosas.

Lentamente iba Mike madurando un plan que, bien llevado a la práctica, podría proporcionarles la ansiada libertad y, con ella, ampliar en gran manera las probabilidades de regreso a la Tierra. Vlantug fue el único que opuso algún reparo, que Mike atribuyó más a la secular sumisión de su raza a la tiranía de los *glanwi* que a falta de deseos de realizarlo. Tal vez sobrestimaba la sagacidad de sus amos hasta convertirla en algo fabuloso.

Puestos, por fin, todos de acuerdo, no quedaba sino esperar la ocasión, para lo que habían de coincidir diversas circunstancias, que al cabo de pocos días se dieron con la simultaneidad precisa.

Mike estaba al cuidado de la red de rayos sustentadores que, emanando de tres altísimas torres de acero, elevaban las astronaves, cualquiera que fuese su tamaño, desde el suelo a la estratosfera, o las hacían descender de igual forma, economizando con ello ingentes

cantidades de combustible. En estos momentos manejaba con sumo cuidado los controles que permitían aterrizar a un gigantesco crucero de combate que llegaba a reparar averías, al propio tiempo que una gran multitud de guerreros esperaban que terminase la maniobra para embarcar seguidamente en el transporte que habría de conducirles a su destino. Ya la nave había detenido sus motores, abandonándose a las expertas manos del personal del astropuerto, y descendía suave y lentamente con una seguridad casi milagrosa. A espaldas del terrestre un guardián tyrinnio que supervisaba la operación estaba contemplando la pantalla, admirado ante la magnificencia del espectáculo que se reflejaba en el opaco cristal.

Una pequeña lucecita verde titiló una fracción de segundo en el cuadro de mandos que tenía ante sí, dándole la señal ansiosamente esperada. Inmediatamente tiró de un interruptor, cortando la energía de las torres, al tiempo que, volviéndose como una centella, se lanzaba sobre el guardián, quien, sorprendido por el inesperado ataque, apenas pudo hacer otra cosa que levantar los brazos en instintivo movimiento de autodefensa, por completo ineficaz. El terrestre le atenazó la cabeza entre sus brazos, y tras un rápido movimiento de torsión, sonó un fuerte chasquido y el traidor se desplomó con las vértebras cervicales quebradas. No volvería a ayudar a los opresores de su pueblo.

Un horrísono estruendo se escuchó al tiempo que el edificio se tambaleaba sobre sus cimientos, mientras Mike despojaba rápidamente a su víctima del cinturón con el látigo neurónico y el machete, saliendo al pasillo sin acabar de ceñírselo, para darse de manos a boca con otro vigilante que se acercaba corriendo para averiguar las causas de la espantosa confusión reinante en el exterior. Tenía ya la pistola empuñada, y el terrestre hizo lo único posible para evitar el trallazo que se le venía encima: su mano derecha saltó como la cabeza de un áspid, sujetando la muñeca del otro, y al tiempo que le obligaba a apuntar al techo, giró sobre sí mismo, recibiendo en un hombro el peso del tyrinnio. Una apenas perceptible flexión de cintura, dirigiendo a la vez hacia el suelo la mano armada de su adversario, de donde salió un deslumbrante fogonazo, y el gigantesco vigilante saltó despedido como una pelota por su propio impulso, yendo a dejarse los sesos en la pared del pasillo, varios metros más allá. Un nuevo despojo de las armas del vencido, y Jacobs salió corriendo, preocupado por algún extraño detalle que captara, algo que no encajaba en el curso de los acontecimientos, pero que no sabía exactamente qué era.

Una breve galopada le llevó al piso inferior, donde ya sus

compañeros estaban reunidos. Arrojó a Jerry las armas que le sobraban y, sin cruzar palabra, continuaron el descenso. Tras ellos quedaban otros dos vigilantes, inmóviles con la quietud de la muerte.

Vlantug susurró a su oído:

-Si nos sale al paso algún nuevo guardián, no le dispares con el látigo: sería inútil. Atácalo con el machete.

Antes de que su cerebro acabase de captar aquellas palabras tuvo ocasión de comprobar su certeza: otro renegado les enfrentaba, llevando la mano a la pistolera. Mientras los demás comenzaban a desenfundar las largas hojas aceradas, Mike hizo fuego con el látigo, viendo cómo un cárdeno chispazo rodeaba al otro, que apenas pareció inmutarse, ya que siguió con su intento de sacar el arma, al tiempo que abría la boca para dar un grito de alarma. En esta fracción de segundo comprendió el terrestre cual era el detalle que antes se le había escapado, y su significación; un nuevo destello de su pistola alcanzó al guardián en plenas fauces y, sin que esta vez le circundase luminosidad alguna, se desplomó fulminado.

-¿No decías que eran invulnerables al látigo? Mira.

Y acercándose al caído, le introdujo dos dedos cuidadosamente en la boca, tirando hacia arriba. Toda la cara se desprendió como si fuera una capucha, dejando ver bajo ella las facciones reptilescas de una criatura de ojos saltones y piel verdosa, completamente desprovista de cabellera.

-Estos son vuestros famosos renegados: los verdaderos amos de los *glanwi*, a más de vuestros: el elemento masculino de la raza dominadora,

-¿Cómo lo pudiste sospechar? -interrogó Vlantug, al tiempo que corrían desesperadamente en demanda de la salida antes de que acudiese más gente ansiosa de saber lo ocurrido.

-Es bastante extraño que una gran cantidad de individuos de la raza sojuzgada se pasen al bando vencedor, llegando a alcanzar en él posiciones de poder. Desde el primer momento me llamó la atención que entre estos individuos no hubieran mujeres ni se les viese jamás con ninguna; pero lo que me puso sobre la pista fue en realidad la circunstancia de que el guardián que estrellé contra el muro, a pesar de que tenía la cabeza machacada por completo, no sangró; este detalle no lo capté conscientemente en el acto: fue tu advertencia de que eran invulnerables a las descargas eléctricas lo que me hizo

adivinar la verdad. No hay tratamiento que permita inmunizar a una persona, y la respuesta era obvia: hombre que no sangra, más hombre que no es afectado por la electricidad, igual a hombre revestido con un traje aislante. Por eso le disparé al interior de la boca, que no llevaba protegido.

-Pero, ¿por qué ese disfraz?

-Caben varias explicaciones. La primera que se me ocurre es que proceden de un planeta muy alejado de su sol, y que la luz les afecta, o bien les son perjudiciales los rayos ultravioleta. Puestos en la necesidad de protegerse, quizá pensaron que, tomando una apariencia similar a la vuestra, podrían controlaros mejor, mezclándose con vosotros y haciéndoos creer que eran renegados de vuestra raza, con lo que algún ambicioso, animado del deseo de librarse da la esclavitud, se convertiría en confidente suyo. Pero yo no creo que jamás un tyrinnio haya obtenido verdaderos beneficios de su traición.

Afuera, la confusión era inenarrable. El titánico crucero yacía en medio de la pista de aterrizaje, partido en dos por la caída desde varios centenares de metros de altura, habiendo arrastrado consigo al transporte, que también se había desplomado sobre una de las torres sustentadoras, que estaba destrozada sin posible reparación en mucho tiempo; esto era obra de Mike al interrumpir repentinamente la red. Por otro lado, el súbito cambio de señales obrado por Vlantug con respecto al demás tráfico, contradictorias entre sí la mayoría, había ocasionado multitud de colisiones menores entre los vehículos terrestres, lo que incrementaba el barullo. De un lado para otro corrían patrullas de *glanwi* con sus mandos disfrazados de hombres, y los coches de socorro causaban más víctimas de las que auxiliaban; nadie sabía donde acudir ni qué hacer, y esta circunstancia fue ampliamente aprovechada por los terrestres: como un grupo más de guardianes, se mezclaron entre la muchedumbre.

* * *

Bajo el espeso follaje de los milenarios gigantes de la selva pululaban toda suerte de seres vivientes: cazadores en busca de alimento; herbívoros que trataban de escapar de aquéllos, aves de vivos colores, insectos, todos ellos en infinidad de especies y tamaños, desde apocalípticas bestias de varias toneladas de peso hasta

insignificantes y tímidos roedores que continuamente andaban ocultándose, atemorizados por la presencia de casi todos sus compañeros de vecindad, que veían en ellos víctimas propiciatorias con que satisfacer el apetito; pájaros con enormes alas de más de cinco metros de envergadura y afiladas garras, junto a diminutos colibríes, que en nada tenían que envidiar en cuanto a pequeñez a los más reducidos pájaros-mosca del Amazonas. Todos se entremezclaban, formando una algarabía infernal de gritos, rugidos, lamentos, cantos y graznidos.

Con los látigos neurónicos fuertemente empuñados por sudorosas manos, los seis fugitivos se abrían paso dificultosamente por entre la maleza, siguiendo las más de las veces la senda abierta por el paso de algún gigante de los bosques. Muchas veces se encontraron perdidos en aquel paisaje siempre igual y, sin embargo, siempre distinto; pero tenazmente seguían caminando hasta que el cansancio les rendía. Afortunadamente, las violentas descargas de sus pistolas ahuyentaban aun a los mayores habitantes de la espesura, pero siempre existía el peligro latente de un ataque por sorpresa o la traidora mordedura de algún insecto ponzoñoso de los que infestaban aquellos lugares. Las noches eran terribles: mientras tres de ellos se mantenían de pie, espalda contra espalda, vigilando atentamente la presencia del peligro, los demás se tendían en el suelo, tratando de conciliar un sueño siempre interrumpido por la interminable sucesión de amenazadoras voces o por la alarma de los centinelas.

Muchas jornadas transcurrieron de esta guisa, y ya desesperaban de salir jamás de aquel infierno, cuando un amanecer se vieron rodeados por todas partes de ceñudos tyrinnios que les amenazaban con toscas azagayas. La odisea había terminado.

Conducidos ante el jefe de la reducida tribu, Mike, convertido en portavoz por tácito acuerdo de todos, se franqueó con él.

-No somos renegados vendidos a los *glanwi*, como tal vez te hagan creer nuestras armas, ni estábamos completamente extraviados en la selva. En realidad somos esclavos fugitivos que matamos a unos cuantos guardianes para poder escapar -y a continuación le hizo un sucinto relato de su llegada al planeta Tyrion y subsiguientes aventuras, incluyendo la catástrofe del astropuerto que les permitió la huida.

Hamok, que así se llamaba, escuchó sin interrumpirle ni una sola vez, y si bien se le veía ligeramente desconfiado, en su expresión había el deseo de que fuese cierto cuanto le estaban diciendo.

-Y ese subterráneo que se encuentra, según decís, a tan incalculable distancia, tiene un acceso a este planeta... -murmuró pensativamente cuando Mike hubo concluido su historia- y está lleno de hombres muertos...

-En efecto. ¿Sabes tú algo de eso?

-Tal vez. Vlantug os ha contado en líneas generales lo ocurrido con nuestra raza hasta su sojuzgación por los *glanwi*; pero lo que él seguramente ignora por ser demasiado joven, es que cuando nuestro gobierno comprendió que solamente un milagro podría salvar a la civilización tyrinnia del total aniquilamiento, se pensó en construir un centro de resistencia para continuar la lucha. Este lugar había de ser completamente secreto en su emplazamiento y características, a fin de que aunque los *glanwi* tuvieran conocimiento de él, les fuera imposible localizarlo, ya que desde allí se podrían continuar las hostilidades y tal vez lograr la victoria final. Para ello se formó un ejército de voluntarios juramentados para no regresar jamás del Núcleo de Resistencia; estos hombres planearon y construyeron el Núcleo y, como estaba previsto, nadie supo nunca en qué consistía ni dónde estaba. Se almacenaron armas y víveres en cantidades fabulosas; el lugar se convirtió en un centro de estudios y experimentación hasta que llegase el momento de ser utilizado para su verdadero objeto, nuestros más eminentes hombres de ciencia se sacrificaron a desaparecer en su interior para siempre, y nadie supo jamás qué se estaba haciendo allí. Hasta que un día cesaron todas las noticias; una expedición enviada para investigar las causas del silencio regresó con la fatal nueva de que la entrada estaba bloqueada, y aunque se realizaron perforaciones en todos los sentidos, nada se pudo encontrar. Ya era demasiado tarde para construir otro refugio, y se abandonó la idea hasta el punto de que llegó a perderse noticia incluso del emplazamiento de la entrada. Y así, cuando los *glanwi* invadieron por fin este último planeta que nos quedaba de nuestro antes vastísimo imperio, en lugar de encontrarlo deshabitado, cual fuera nuestra primitiva intención, hallaron un vivero casi inagotable de esclavos más civilizados que ellos.

Quedó un rato silencioso, como absorto en la rememoración de las pasadas grandezas y trágico declive de su raza. Luego, levantando la cabeza, prosiguió:

-Extranjeros: esos subterráneos son un legado de los antepasados de mi pueblo, y en justicia a éste le pertenecen. ¿Quisierais vosotros ayudarnos a recuperarlos, a fin de que podamos iniciar la guerra santa contra los tiranos que hacen gemir bajo su

férula a cien razas?

Antes de que nadie pudiera contestarle, penetró en la habitación una agraciada muchacha indígena que, arrodillándose junto al viejo, comenzó a peinarle distraídamente la larga cabellera con sus finos dedos. Hamok sonrió.

-Mi hija, Talina -dijo orgulloso. Y devolviéndole la caricia, la amonestó cariñosamente-. Sabes que te he dicho que no entrases mientras yo estaba reunido con estos amigos. Anda, ve a pasear un poco, pero sin alejarte demasiado de las cuevas.

La joven, sin dejar de sonreír, se levantó, saliendo en silencio, seguida por Sam Gibson, que había quedado embelesado mirándola desde qué apareciera. El viejo conquistador estaba de nuevo en acción.

Jacobs, reanudando el coloquio por donde habíalo interrumpido la presencia de Talina, contestó a la pregunta de Hamok.

-Aunque no nos fuese simpática vuestra causa, la única alternativa que nos queda para regresar con los nuestros es ayudaros. Eh principio, mi intención al venir aquí fue sencillamente hablaros de aquello como un refugio donde podríais vivir en libertad, o que nos acompañaseis a nuestro planeta, ayudándonos mutuamente a escapar, ya que estoy convencido de que mi pequeño grupo, por decidido que sea, se vería enfrentado con una empresa casi imposible al cruzar la muralla y el bosque infestado de patrullas *glanwi*.

-Entonces, ¿estamos de acuerdo? - preguntó el tyrinnio.

-Completamente. Pero antes de hacer nada, quisiera convencerme de que no hay espías a nuestro alrededor. ¿Podríamos revisar a tus hombres de uno en uno, para descubrir a los hombres verdes que pudiera haber infiltrados entre ellos?

-No veo 1a necesidad, pero si tú lo crees conveniente...

Dos horas después había cambiado de opinión y no se recataba en felicitar a Mike por su idea. Seis de los más respetados ancianos de la tribu se habían convertido en otros tantos de aquellos repugnantes seres de ojos salientes y piel verdosa, que se ocultaban bajo la apariencia de la raza sojuzgada por ellos mismos. La sentencia fue rápidamente pronunciada y momentos después los espías rodaban por el suelo, acribillados a lanzazos.

Eliminado el peligro de infiltraciones, los fugitivos pusieron en marcha la segunda parte de su plan: contando con la conformidad de Hamok y su más entusiasta adhesión a la causa, se formó una especie de consejo de guerra, del que pasaron a formar parte los cinco terrestres, Vlantug, el propio Hamok y el grupo de ancianos, antiguos técnicos de los *glanwi*, que le ayudaban en el gobierno de la pequeña comunidad. Se organizaron discusiones acerca de la mejor forma de alcanzar su objetivo, y de ellas salieron las principales ideas para el desarrollo de la campaña.

En una de estas reuniones, Vlantug decía:

-El plan de nuestros amigos es, a mi entender, el más apropiado para alcanzar el éxito. En general consiste, corno todos sabemos, en alcanzar la entrada del antiguo Núcleo de Resistencia y, poniéndolo en condiciones de funcionamiento, iniciar las operaciones de liberación de los nuestros. La principal dificultad con que tropezamos consiste en que esta entrada se encuentra dentro del recinto amurallado de Shangol, el lugar donde están concentradas la mayor parte de las tropas *glanwi* que guarnecen Tyrion, y que frente a ellos no podemos oponer sino unas pocas decenas de hombres valerosos, pero prácticamente desarmados. Ello representa un inconveniente gravísimo, puesto que no podemos confiar en pasar desapercibidos. Por lo tanto, nuestros movimientos previos han de estar encaminados a conseguir una dispersión de las tropas enemigas, y al mismo tiempo armarnos de forma que podamos enfrentar los obstáculos, al menos con ciertas garantías de éxito.

Mike Jacobs apenas prestaba atención a lo que se estaba diciendo, preocupado por algo completamente distinto. Volviéndose hacia Jerry, que estaba a su lado, le preguntó en voz baja:

-¿Dónde está Sam? Apenas le veo estos días.

Su amigo esbozó una sonrisa picaresca, al tiempo que le guiñaba un ojo.

-Te aseguro que lo está pasando mejor que nosotros. No te preocupes por él. Yo, al menos, quisiera estar en su pellejo.

-Pero, ¿puedes decirme qué hace? Debería estar aquí. Necesitamos de todos los cerebros disponibles para elaborar nuestros planes.

-Pasea con Talina. No la deja ni a sol ni a sombra.

-¿Quién es esa Talina? -preguntó el teniente, tratando de recordar.

-La hija del jefe. La chica que vimos el otro día aquí.

-¡Ah, sí! -repentinamente quedó con expresión preocupada-. ¡Ese loco! ¡Va a echar a perder toda nuestra obra con su afición a las mujeres!

-No, hombre -pretendió tranquilizarle el otro-. A fin de cuentas, sólo se trata de un pasatiempo inocente...

-¡Te lo crees tú! Parece mentira que pienses eso de Sam, con lo que le conoces. Tratándose de él no hay *pasatiempo inocente*. Pierde la cabeza con las mujeres. ¡Vamos a por él antes de que sea demasiado tarde!

Sin molestarse en formular una disculpa, se levantó, abandonando la reunión. Los demás le vieron salir, sorprendidos.

-¿Qué le ocurre a tu amigo? -preguntó Hamok.

Jerry, que ya estaba disponiéndose para seguirle, se detuvo un instante para decir lacónicamente:

-Creo que vamos a tener disgustos -y salió disparado.

CAPÍTULO X

El capitán Samuel Gibson estaba estrechando el cerco a la dulce Talina. Durante varios días la había seguido a todas partes, y su elemental conocimiento del tyrinnio, a pesar de lo cual hablaba por siete y no con falta de persuasión, había captado la voluntad de la joven hasta el extremo de que comenzaba a hacerse ilusiones de llegar a ser algún día *la señora de Gibson*, pues Sam le había enseñado que, en la Tierra, las mujeres al casarse tomaban el nombre de sus maridos. Podría disfrutar de todas las comodidades y maravillas que él le había descrito con maestría; en fin, sería una persona importante, un miembro más de una comunidad libre, y no simplemente alguien cuya máxima aspiración consistía en no acabar al servicio de los *glanwi*. Gibson le estaba diciendo:

-Conocerás a los grandes dirigentes de mi mundo. Yo allí soy un jefe influyente y pondré a tus pies todas las riquezas del universo, si las pides. Tu menor deseo será una orden que todo el mundo habrá de acatar. Quedarás para siempre apartada de estos salvajes, a los que ya tengo ganas de perder de vista.

-¡Qué alegría, Sam! Mis padres también vendrán con nosotros, ¿verdad?

-No puede ser. Bastante hago con llevarte a ti. Si nos acompaña más gentuza de ésta acabaré muriéndome de asco en una semana.

-Entonces no iré contigo.

-¿Por qué? ¿Acaso no te das cuenta del honor que te hago? Una criatura inculta como tú debería sentirse muy honrada de que Samuel Gibson se haya dignado poner en ella los ojos...

-No. No iré contigo -repitió ella- si no nos acompaña mi familia.

-Harás lo que yo te diga -susurró Gibson lentamente, con voz temblorosa por la cólera, tomándola rudamente de la muñeca-. Si no quieres por las buenas, será por las malas.

La muchacha comenzaba a asustarse y retrocedía cuanto le era posible, apartándose de él. Ahora comprendía la clase de individuo que era el terrestre de atractiva apariencia, bajo la cual latía un

corazón de hiena. En aquellos momentos Sam estaba dando rienda suelta a su desprecio por cualquiera que no fuese él mismo. La satisfacción de sus caprichos era lo único que le importaba.

-Suéltame. Me haces daño -imploró la infeliz, entre jadeos.

-Vendrás conmigo, o tendré que matarte -el hombre acercaba la mano libre a la empuñadura del machete que llevaba a la cintura, dispuesto a utilizarlo si ella intentaba huir.

-Eres malo. Crees que nada tiene importancia, excepto tú. Desprecias a mi gente por su modo de vivir, y les tratas de salvajes, avergonzándote de su amistad -la chica le enfrentaba con valor, hablando tan rápidamente que él apenas podía comprender lo que decía-. Pero, aunque me mates, no quiero saber nada más de ti.

Sam no pudo contenerse más. Últimamente habían comenzado a irle mal las cosas, y su estrella parecía ir declinando; no estaba dispuesto a consentir que, luego de su fracaso con Sheila Gates, se le riera también aquella mocosa que debiera sentirse honrada de que él se dignase mirarla. Y él sabía cómo domesticar a las fierecillas; nada mejor que...

Un tremendo golpe con el revés de la mano la hizo rodar por el suelo. Allí se quedó sollozando, mientras su mejilla comenzaba a adquirir un profundo tono escarlata. Gibson la tomó de la morena cabellera, obligándola a ponerse en pie.

-¿Vendrás conmigo?

-¡No! ¡Nunca, aunque me mates!

Levantó el brazo para golpearla de nuevo. Entonces sintió que una mano férrea hacía presa en la suya, obligándote a dar media vuelta. Ante él estaba Mike Jacobs, que, sin pronunciar palabra, le hizo caer cuan largo era de un formidable puñetazo.

-Sabía lo difícil que iba a ser que renunciaras a tus métodos habituales, y veo que no estaba equivocado, Sam. Continúas siendo el mismo canalla de siempre. ¡Levántate!

Limpiándose la sangre que brotaba de su labio partido, el capitán obedeció sin apresurarse, con la mirada baja y como aturdido. Mike, viéndole en aquella actitud, creyó zanjada la cuestión, y su confianza le fue fatal. Gibson sabía pegar y lo demostró con un buen golpe en el bajo vientre, seguido de una larga serie de puntapiés por

todo el cuerpo cuando le tuvo tendido en el suelo.

-¡Maldito seas, Mike Jacobs! Te has interpuesto muchas veces ya en mi camino, pero ésta será la última.

Talina intentó detener el salvaje ensañamiento del granuja, no consiguiendo otra cosa que verse despedida de un brutal empujón, yendo a dar de cabeza contra un árbol, mientras él descargaba su largo machete sobre el semidesvanecido Mike.

La escena que se ofreció a los ojos de Jerry Armstrong, al aparecer en el calvero, seguido de los demás, le dejó un momento paralizado por el pasmo: Talina, la adorable hija de Hamok, al pie de un corpulento tronco gemía dolorosamente, mientras con las manos se cogía la cabeza, que sangraba abundantemente; tendido sobre la verde alfombra de hierba, Mike Jacobs, e inclinado sobre él, Sam Gibson extraía de su cuerpo el aguzado acero tinto en sangre.

-¿Qué has hecho, Sam? -preguntó Jerry, más dolorido por la sorpresa que indignado-. ¡Has matado a Mike!

Fue a precipitarse sobre el capitán, pero éste extrajo con rapidez el látigo neurónico que le colgaba de la cintura, comenzando a disparar contra el grupo. Jerry fue de los primeros en caer, mientras Gibson retrocedía hacia el bosque con ánimo de perderse en la espesura. Y lo hubiera conseguido de no interponerse en su camino una azagaya diestramente lanzada por uno de los ancianos, que quedó vibrando en su pecho. Sam se quedó mirando el astil incrédulamente, pero ya la vida se escapaba rápidamente de su cuerpo, y el último disparo antes de caer fue a perderse sobre las cabezas de los pocos que quedaban en pie.

Las lágrimas nublaban los ojos de Sheila Gates, mientras practicaba una cura con los escasos medios disponibles. Afortunadamente, la hoja no había perforado un pulmón, al resbalar sobre las costillas; no dejaba de ofrecer gravedad el estado del herido a causa de la mucha sangre perdida, pero era cuestión de poco tiempo el que sanara.

Los días fueron transcurriendo mientras Mike se recuperaba lentamente. Todos esperaban a que estuviese en condiciones de iniciar la ejecución de los planes ya cuidadosamente preparados, y la impaciencia era grande en las filas de los tyrinnios, habiéndose de esforzar los cabecillas en evitación de que algunos de los más exaltados realizaran alguna incursión por su cuenta, con lo que se

hubiera puesto en peligro la totalidad del proyecto.

Pero todo llega, y de igual modo Sheila, a pesar de todas las dilaciones, no pudo impedir el dar de alta al teniente. Aquella noche fue de júbilo en el poblado, y no obstante el consejo de los jefes de que convenía a los hombres estar descansados para los esfuerzos que de ellos habían de exigirse en días sucesivos, no pudieron impedir que muchos de ellos se mantuviesen cantando y danzando bélicos bailes hasta altas horas de la madrugada.

Mike y los demás se reunían entretanto por última vez, antes de separarse para emprender las tareas que cada cual tenía asignadas.

-De acuerdo con lo planeado, nuestras primeras operaciones consistirán en pequeños golpes de mano para proveer a nuestros hombres de armas más apropiadas que las que ahora poseen. Con ello, además, trataremos de sembrar el desconcierto en el enemigo, a fin de que se refuerce, cuanto más mejor, distrayendo para ello fuerzas del acuartelamiento de Shangol, aumentando así nuestras probabilidades de éxito en el asalto definitivo a la fortaleza. ¿Es así?

Y, observando signos de aprobación entre los que le rodeaban, prosiguió el terrestre:

-Sabéis todos cual es vuestra respectiva tarea. Se prohíbe llevar adelante cualquier operación si la seguridad de éxito no es absoluta. No podemos permitirnos en modo alguno el lujo de que se nos tomen prisioneros ni hacerlos nosotros. La destrucción ha de ser total, a fin de que no tengan los *glanwi* seguridad alguna sobre quiénes son sus atacantes: para ello, cada grupo cuenta con el doble de los efectivos calculados corno necesarios, y una vez dado el golpe de mano, hay que desaparecer rápidamente en la selva. Luego, en pequeños grupos de diez hombres como máximo, nos iremos concentrando en los alrededores de Shangol, donde se trazarán los planes definitivos a la vista de las circunstancias. Sí alguien necesita aclaraciones, ahora es la ocasión de pedirlas.

Y con un gesto de la mano, dio a entender que la reunión había terminado. Los hombres fueron desfilando, solos o en pequeños grupos que comentaban las respectivas acciones a emprender, y algunos se detenían unos instantes para formular preguntas de última hora, sobre detalles de poca importancia en la mayoría de los casos. Mike Jacobs se volvió hacia Hamok, que permanecía a su lado, junto con Sheila.

-Tú ya sabes lo que has de hacer. Con las mujeres, niños y

ancianos, y todo nuestro equipaje, acompañado por una partida de guerreros, debes encaminarte hacia Shangol lo más deprisa posible, para estar allí cuando lleguemos nosotros. Procura no ser visto y que la escolta vigile constantemente, pues sois nuestra parte débil, por ser el grupo más numeroso y peor defendido.

-Entiendo; pierde cuidado que vigilaremos con cien ojos.

Cuando se hubo quedado solo, permaneció un rato con la miraba fija en el suelo, rememorando los últimos acontecimientos. Las pasadas jugarretas de Gibson, su arrepentimiento, primero fingido y luego al parecer sincero, y ahora... Seguramente tendría que agradecer al cielo el traidor atentado de que le había hecho objeto: las consecuencias pudieran haber sido peores en otras circunstancias. Sam Gibson no había sido jamás santo de su devoción, incluso mucho antes de ahora, desde que por causa de su desmedida afición a meterse en aventuras de faldas, Mike habíase visto incidentalmente envuelto, junto con Armstrong, en cierto lío del que salieron con las manos en la cabeza, aunque salvando la vida por pura suerte, pero se dejó los suficientes jirones de piel en ella como para no haber podido llegar a comandante piloto; y en cambio el verdadero causante del daño que se le imputó a él fue Gibson, que emergió impoluto y más pujante que nunca. En fin, había terminado la pesadilla y ya jamás se volvería a interponer Gibson en su camino; tal vez ahora cambiara la suerte de Mike.

* * *

El pequeño aparato de patrulla volaba casi al ras de las altas copas de los gigantes de la selva. De abajo se elevaban verdaderas oleadas de aire caliente y húmedo, que en la distancia hacían oscilar las imágenes, como vistas a través de un cristal defectuoso, si bien los seis soldados que componían su pasaje apenas paraban mientes en estos detalles, para ellos cotidianos, manteniéndose erguidos en sus asientos cual negros ídolos de ébano, indiferentes a todo cuanto no fuera persistir en su hierática actitud hasta que una voz de mando les hiciera entrar en acción con la rapidez del relámpago. Todo lo contrario ocurría con los tres hombres verdes a cargo de la reducida tropa, que oteaban ansiosamente a través de los transparentes paneles de la cabina, sin perder de vista los complicados instrumentos de control y observación, mientras la máquina iba y venía en busca de

algún rastro del grupo extraviado días atrás. Una exclamación de uno de los vigías hizo que el piloto torciese bruscamente la proa de la navecilla en la dirección indicada, y seguidamente se posaban en un pequeño claro de la selva, muy cerca de las primeras estribaciones de la cercana cordillera. Rápidamente echaron pie a tierra los disfrazados seres, y mientras uno de ellos se aproximaba al aparato gemelo del suyo propio, los otros dos contemplaban estupefactos el espectáculo no visto desde hacía muchos años en Tyrion: una patrulla completa de guerreros *glanwi*, destrozadas las cabezas con algún objeto contundente, un hacha con seguridad, y su oficial con la boca atravesada por un dardo cuyas plumas temblaban ligeramente al impulso de la brisa. Naturalmente todos estaban muertos, y sus armas habían desaparecido.

Los tres hombres verdes celebraron un pequeño conciliábulo, mientras a una breve orden descendían los hombres-hormiga, que en el acto adoptaron posiciones defensivas, formando un círculo en derredor de sus amos.

-Deben haber sido los hombres de la tribu de Tléjar. Su jefe, Hamok, se había quejado últimamente de que les imponíamos tributos mayores que a sus vecinos y temían que, de seguir exigiéndoles la entrega de niños al mismo ritmo, pronto desaparecería el grupo. Hay que darles un escarmiento.

Y con la seguridad que les daban largos siglos de indiscutido dominio, se distribuyeron en los dos aparatos para reemprender la marcha. Pero solamente el suyo respondió a los mandos, mientras el otro permanecía como clavado en el suelo, por lo que se hizo necesaria una revisión para descubrir la avería: el avión estaba prácticamente destrozado en sus fuentes de energía y de él faltaban, además de las piezas de repuesto, varias pequeñas cajitas de poderoso explosivo y otros elementos sumamente eficaces como armas de combate.

Cada vez más indignados, volvieron a apretujarse en su propia aeronave, que a los pocos minutos zumbaba por los aires como avispa enfurecida, internándose en la cadena montañosa. Tarea inútil. Cuando alcanzaron el pequeño poblado donde tenía su morada la tribu de Tléjar, no les fue necesario un examen muy detenido para comprender que habían llegado tarde. Las cabañas y cuevas estaban tan deshabitadas como si jamás hubiera habido nadie en ellas.

* * *

El pájaro de melodiosos trinos y brillante plumaje saltaba de rama en rama, llamando dulcemente a su compañera, que parecía algo reacia a escuchar su plañidera llamada. Un pequeño roedor semejante a una ardilla corrió a ocultarse al escuchar un sonido alarmante, y por el sendero apareció a poco un hombre con una piedra en la mano. Tahl-Kas, el hombre verde, no estaba hoy de buen humor, sin saber concretamente las causas, y los para él irritantes gorjeos del avecilla habían acabado por hacer saltar sus excitados nervios; saliendo del pequeño puesto al borde de la selva, se dedicó a buscar al diminuto ser, internándose algunos pasos por el estrecho camino mientras oteaba atentamente el ramaje. Su perseguido parecía burlarse de sus esfuerzos, y unas veces creía tenerle casi al alcance de la mano, para en el instante siguiente escucharle a varias decenas de metros de distancia. Finalmente lo pudo divisar, tan cerca que sin esfuerzo veía el movimiento de las rojas plumas de su garganta cada vez que emitía su amoroso canto. Si el animalito hubiera permanecido quieto, tal vez habría salvado la vida, pero vio el rápido movimiento del brazo del hombre al lanzar el proyectil e intentó huir del peligro alzando el vuelo... para ir al encuentro de la piedra que lo arrastro varios metros antes de caer al suelo con un ala fracturada.

Aterrorizado, observó cómo aquel gigantesco animal se aproximaba y, tomándole con una descomunal garra, se quedaba contemplándole un momento, antes de ejercer una salvaje presión que redujo a pulpa al infeliz cantor, mientras el asesino reía, reía satánicamente al ver cómo la inocente sangre se escurría por entre sus dedos hasta ir a formar un pequeño charco en el suelo, a sus pies... y con la risa estereotipada en sus falsas facciones se quedó repentinamente rígido, para luego caer lentamente al suelo, sin haberse enterado siquiera de que ya no militaba en la legión de los vivos. Un pequeño orificio le atravesaba la cabeza de parte a parte, y por él comenzó a fluir un líquido verde y espeso que pasó a incrementar la pequeña mancha roja que se formara momentos antes.

-¡Bestia! -murmuró por lo bajo el hombre que lo matara. Y saliendo de su escondite entre la espesura, se aproximó al caído, despojándole de sus armas para volver a internarse en la selva.

El centinela había visto desde la pequeña torreta de su puesto cómo Tahl-Kas desaparecía por el sendero. Había oído su demoníaca risa mientras contemplaba la agonía del pequeño pajarillo, y luego el

silencio habíase hecho bruscamente al cortarse las carcajadas del jefe del destacamento. El hombre-hormiga había esperado verle aparecer inmediatamente de vuelta, pero transcurrieron los minutos y el caminillo seguía desierto, sin que hasta los penetrantes oídos del guardián llegase otra cosa que los naturales murmullos de la selva, quizá algo más alejados que de costumbre; alarmado por la tardanza, hizo vibrar sus antenas, emitiendo una tímida llamada que no tuvo respuesta; ni podía tenerla, puesto que su destinatario yacía a pocos pasos de allí, con algunos insectos paseándose sobre su cadáver. Una nueva llamada, esta vez a uno de sus compañeros, tuvo como consecuencia el que rápidamente salieran cinco negros *glanwi* en busca de su jefe... para hacerle compañía a los pocos segundos. El ángel de la muerte seguía rondando por los alrededores.

Ya suficientemente equipados de armas, los siete hombres que estuvieran emboscados en las cercanías del pequeño puesto de la selva optaron por desaparecer sin pérdida de tiempo. Hubiera sido demasiado peligroso permanecer allí, máxime teniendo en cuenta que con sus reducidas fuerzas no cabía ni soñar en un asalto a la reforzada guarnición.

Mientras caminaban, Mike Jacobs iba diciendo:

-Creo que, si los demás han llevado a cabo solamente la mitad de las instrucciones recibidas, ya tenemos bastante armamento. ¡Oye, Vlantug! Estos fusiles son estupendos: silenciosos y efectivos.

-No están mal del todo -sonrió el aludido-. Nosotros los hubiéramos perfeccionado bastante, o tal vez habrían quedado anticuados ante otros nuevos. Pero jamás hemos entregado voluntariamente a los *glanwi* ningún descubrimiento que pudiera ayudarles a oprimirnos más o a sojuzgar nuevas gentes; en realidad, puede decirse que les hemos estado saboteando durante siglos, y que su fuerza militar por hombre ha disminuido seriamente, aunque queda de sobras compensada con el continuo crecimiento de su población.

-O sea, que habéis estado actuando de lo que en mi planeta se llama *quinta columna*, ¿no es eso? -y ante el gesto de ignorancia de su amigo, prosiguió, cambiando de tema-. ¿Cómo funcionan?

-Originan un delgado campo de fuerza a todo lo largo de su alcance, con una capacidad de penetración en objetos sólidos que varía, según la distancia y la potencia que se le dé al disparo, desde unos milímetros hasta varios metros. Este campo de fuerza interrumpe durante una pequeña fracción de segundo la cohesión de las moléculas

dejándolas en libertad, lo cual crea un pequeño orificio en el objeto que ha servido de blanco, al disolver instantáneamente en el aire los átomos que ocupaban este lugar. Puede también dársele el aspecto explosivo, que consiste en la aplicación de la descarga en un pequeño sector de la superficie, con lo que, estando más concentrada su potencia, la disgregación de las moléculas es más violenta, y en ciertos elementos llega a la aniquilación de algunos átomos.

-Supongo -reflexionó Mike festivamente- que, si entrego estas armas a mi gobierno, me quedarán tan agradecidos que lleguen a olvidarse de imponerme algún castigo por todos mis pasados crímenes. ¿Y dices -preguntó, ocurriéndosele que le faltaba investigar un aspecto de la cuestión- que no es necesario cargar estas armas?

-No. Al igual que las que llamamos látigos neurónicos, van provistas en casi toda su superficie de una gran cantidad de células de silicio que reaccionan ante cualquier clase de luz, produciendo una pequeña corriente eléctrica para cargar las baterías; éstas tienen una capacidad de almacenaje para más de cinco mil disparos, y la recarga viene a hacerse a razón de unos doscientos tiros por día en caso de estar el arma expuesta a la luz del sol. Observarás que aquí -señaló un lugar de la que llevaba en la mano- hay un pequeño indicador. Cuando la aguja señala esta posición, la carga está completa; cada división mayor indica un millar de tiros, y las diez pequeñas que hay de una a otra corresponden a series de cien disparos...

-... con lo que uno se evita la molestia de cargar con las municiones -completó Jerry Armstrong, que caminaba detrás de ellos-. ¿Te imaginas, Mike, la cantidad de transporte que se puede ahorrar en caso de guerra? Un ejército que no necesita que lo abastezcan de proyectiles...

-Pero ¿ya piensas en hacer la guerra? Yo creía que en nuestro mundo habíamos acabado con eso. La reunión de todo el poder bajo un solo gobierno central...

-¿Ah, sí? ¿Y qué me dices de las pequeñas revoluciones que estallan a todas horas en cualquier parte de la Tierra? ¿Y de la gresca que cualquier día vamos a tener con los asquerosos insectos que mandan aquí?

-Los *glanwi* no saben nada de nosotros...

-Confía en eso. Yo no las tengo todas conmigo. Si nos cogen algún prisionero, verás lo que tardan en presentársenos delante.

-Los tyrinnios no saben siquiera en qué sector de la Galaxia está nuestro sistema.

-Que empiecen a buscarnos, y dales tiempo. El día menos pensado tenemos la casa llena de hormigas. Y dudo mucho que en las droguerías vendan un insecticida apropiado.

CAPÍTULO XI

La ola de asaltos, emboscadas y destrucciones había conseguido en general su doble objeto. Por una parte, los tyrinnios habían ido armándose y, si bien ello no fue sino a costa de algunas bajas, éstas no resultaron demasiado elevadas y el pequeño ejército contaba con las suficientes fuerzas para emprender la ofensiva final. Los mandos *glanwi*, alarmados por las noticias que llegaban de todo el extenso sector, comenzaron a desplazar grandes contingentes de tropas desde Shangol para refuerzo de otras guarniciones más reducidas y reparación de los daños causados, incrementando al propio tiempo las patrullas que incesantemente recorrían la selva en todas direcciones. Pero los tyrinnios en pie de guerra eran apenas un puñado de hombres, y dar con ellos era el clásico problema de la aguja en el pajar. Hubo algunos encuentros, con las correspondientes escaramuzas, pero los rebeldes siempre procuraban escabullirse rápidamente, ya que poco tenían que ganar, y sí mucho que perder, haciendo frente al enemigo.

Corno consecuencia de todo ello Shangol estaba prácticamente desguarnecido, aunque en una batalla en igualdad de condiciones no habrían habido tyrinnios ni para empezar en el pequeño ejército de Hamok. Pero Mike Jacobs no pensaba asaltar la fortaleza por las bravas, sino valiéndose de unos pequeños trucos para los que seguramente no estarían prevenidos los *glanwi*, más bien partidarios del ataque masivo con superabundancia de tropas, que de la modesta operación de comandos, en muchos casos más efectiva que aquella.

* * *

-Es una verdadera lástima que la única forma que se nos ocurre para asaltar la muralla sea ésta. Resultaría mucho más sencillo si lleváramos con nosotros menos gente y equipaje, y todos fuéramos jóvenes. Pero, tal como está la situación, tampoco sería justo dejar abandonados a los viejos y a los niños, lo que complica la situación extraordinariamente. De todas formas, creo que con un poco de suerte, todo saldrá bien -decía Mike mientras se preparaba para emprender, en unión de Jerry y Vlantug, la primera parte de la operación.

La noche era apropiada. Grandes nubarrones cruzaban continuamente sobre sus cabezas, apenas dejando asomar, de tarde en tarde por unos segundos, la única luna visible. Mike y sus dos compañeros marchaban silenciosamente, embebidos en sus propios pensamientos. De pronto Vlantug se detuvo.

-Veo que has olvidado el machete -dijo, señalando la vacía funda en la cintura de Mike, al tiempo que sonreía maliciosamente.

-¡Cómo! Juraría que lo llevaba al salir -sorprendido, emprendió el regreso-. Esperad un momento.

Antes de llegar al campamento se encontró con Sheila, que le esperaba con el machete perdido en la mano.

-Tómalo... y cuídate mucho, Mike. Te esperaré -ya daba media vuelta para volverse, cuando el joven la retuvo por el brazo.

-Sheila... Sabes que nunca te he dicho nada, pero te quiero. Yo no sé hablar de estas cosas, ni ahora es la ocasión, pero sabes lo que quisiera decirte, ¿verdad?

Ella se arrojó en sus brazos, ocultando el rostro en su pecho.

-Sí, Mike. Lo sé. Y estoy segura de que volverás a mi para decírmelas.

Un largo beso bajo los gigantescos árboles selló el pacto. Mike volvió rápidamente con sus compañeros, mientras ella se quedaba viéndolo desaparecer.

-Recuérdame más tarde, Vlantug, que esta jugarreta te ha de costar cara -sonrió el terrestre, al tiempo que le propinaba un suave golpe en las costillas.

Llegados ante el elevado muro que se interponía entre ellos y la libertad, Mike emprendió la ascensión. Para ello iba provisto de una pistola perforante con la que de vez en cuando hacía un disparo, practicando un pequeño orificio en la dura piedra, donde introducía una delgada estaca de madera que le servía de apoyo para ascender un poco más. El trabajo era tedioso, ya que tenia que evitar que le penetrase en los ojos o la garganta el finísimo polvo que se desprendía de los agujeros, cuidando al propio tiempo de guardar el equilibrio; y la muralla era alta.

Media hora de fatigoso trabajo le permitió, por fin, asomarse al

borde superior del muro, y luego de una rápida ojeada se deslizó detrás del parapeto, confundiéndose con la oscuridad. Al cabo de unos minutos se reunían con él sus compañeros, trepando por la cuerda de nudos que les lanzara. En silencio comenzaron a arrastrarse por el suelo en dirección al puesto de centinela, que podía verse a poca distancia.

Mike detuvo a los otros con un imperioso gesto de la mano, mientras él continuaba avanzando con el sigilo de un piel roja. Nada. El centinela no asomaba, y él no podía arriesgarse a sorprenderle dentro de la garita, con lo que tal vez le diera ocasión para lanzar la alarma, echando por tierra todo el plan.

-Sí no quieres salir a dar un paseo, yo te obligaré -dijo silenciosamente el terrestre. Y tomando la mochila que llevaba a sus espaldas, extrajo una pequeña estaca que le había sobrado de la ascensión, lanzándola hacia delante.

La estratagema resultó, y medio segundo después asomaba una negra cabeza por la estrecha puertecilla, siendo recibida con un certero disparo de la pistola de Mike, quien quedó unos segundos esperando por si había alguien más; pero el centinela estaba solo. Una nueva seña y prosiguió hacia el cadáver del *glanwi*, seguido por Jerry, mientras Vlantug se quedaba guardando la retaguardia.

Armstrong descolgó de su cintura una escalera de cuerda, y luego de asegurarla firmemente, la dejó caer por encima del parapeto para permitir el ascenso al resto del comando que había de abrirse paso hasta los grandes portones de entrada a la fortaleza.

Ningún otro centinela se interponía entre ellos y la puentecilla de acceso a la escalera descendente que habían de seguir. La cerradura no ofrecía dificultad alguna para las silenciosas armas, que de un solo disparo la hicieron saltar.

El estrecho pasadizo no permitía el paso más que a un solo hombre, por lo que en fila india fueron descendiendo varios pisos hasta encontrarse ante un largo corredor con puertas a derecha e izquierda. Comenzaban realmente los peligros. Si alguna puerta se abría...

Hasta aquí parecía acompañarles la suerte. En silencio, los veinte hombres recorrieron el pasillo hasta alcanzar una amplia rotonda con varias salidas. Vlantug, sin vacilar, señaló a una de ellas, y ya se iniciaba el desfile en aquella dirección cuando un ligero rumor

indicó que alguien se aproximaba.

Afortunadamente, las luces estaban bastante amortiguadas, y había rincones suficientes para ocultarse. Mike susurró una advertencia.

-Tirad a la cabeza.

Los cinco hombres-hormiga que aparecieron por el pasadizo apenas tuvieron tiempo de enterarse de que eran atacados cuando ya rodaban por el suelo en confuso montón. Sólo uno de ellos pudo mantenerse en pie el tiempo suficiente para hacer dos disparos que alcanzaron a otros tantos hombres, antes de desplomarse él acribillado.

-¡Rápido! No podemos perder tiempo -ordenó Vlantug. Y mientras la mitad de ellos permanecían emboscados, los demás emprendieron una desesperada carrera. Mike se retrasó unos instantes para ordenar que fueran ocultados los cadáveres en las sombras del mejor modo posible, y luego siguió al grupo de Vlantug.

Éste había operado tan silenciosa como eficazmente, según atestiguaba el grupo de guerreros que yacían muertos a su alrededor, mientras los hombres, sin molestarse en buscar el mecanismo de apertura de los pesados portalones, lo que podría originar tan innecesarias como peligrosas alarmas, practicaban un orificio suficiente para deslizarse un hombre, valiéndose de los rifles como perforadoras. Por allí salió uno de ellos, mientras los otros vigilaban nerviosamente la aparición de nuevos enemigos, y minutos después comenzaban a introducirse personas, unas pesadamente cargadas con grandes fardos, mientras las demás llevaban solamente los respectivos fusiles.

Formando una especie de guardia, los hombres armados alrededor de los porteadores, regresaron a donde esperaban sus otros compañeros, temerosos de que en cualquier instante sonara la alarma que podría dar al traste con todos ellos. Un corto recorrido por los pasillos, sin que afortunadamente tropezaran con ninguna patrulla, y forzando otra puerta salieron a la carrera en dirección al bosque cercano. Ahora no podían evitar ser descubiertos por los centinelas de lo alto del edificio.

Aún en esto les acompañó relativamente la suerte, puesto que fue un solo *glanwi* quien tuvo oportunidad de tirar sobre los fugitivos antes de que desaparecieran bajo el manto protector de la arboleda, si

bien dos de ellos vieron allí truncadas sus ansias de libertad por sendos disparos. Una mujer cargada con un niño de pocos meses tropezó, cayendo al suelo. Mike tomó a la delicada criatura entre sus robustos brazos, mientras Vlantug y Jerry levantaban bruscamente a la madre para ayudarla a buscar la salvación.

-¡Hemos de apresurarnos! -murmuró Mike Jacobs al oído de Hamok, que corría a su lado mientras con una mano trataba de ahogar los desesperados gritos del pequeño-. Dentro de unos instantes tendremos sobre nosotros a toda la guarnición y va a ser muy difícil que consigamos alcanzar la cueva sin lucha.

Orientándose rápidamente, pasó corriendo a la cabeza de la columna para guiarlos hacia el remanso donde por primera vez tuviera contacto con los habitantes de este planeta, única forma de encontrar con seguridad su objetivo sin temor a perderse. Todos caminaban lo más velozmente que permitía la pesada carga que acarreaban algunos de ellos. Corrían relevándose continuamente y ya sin preocuparse del estruendo ocasionado por el caminar de cerca de cien personas. Todo quedaba subordinado a la rapidez.

Fue una verdadera fortuna que Mike acertara exactamente con el lugar. Sin detenerse un solo instante a tomar aliento, se lanzaron por el estrecho sendero que bordeaba la corriente, luego de cargar con el equipaje que llevaban los terrestres a su llegada y que, estando bien oculto entre los arbustos al pie del peñasco, no había sido hallado por los *glanwi,* que ni siquiera sospecharon su existencia. Las linternas, sobre todo, les iban a ser de suma utilidad durante el recorrido subterráneo.

Solamente un grupo de seis soldados tuvo la desgracia de tropezar con ellos, y si bien pagaron cara su derrota derribando a cuatro de los fugitivos antes de ser muertos ellos mismos, no consiguieron detener la desatentada carrera de los que buscaban la salvación en la huida; y al cabo de media hora comenzaban a introducirse por el estrecho agujero dejado por el derrumbe de la boca de la corriente subterránea, al tiempo que convergían sobre ellos desde todas partes los primeros disparos de los hombres-hormiga, que por fin habían conseguido localizarlos. Mientras las mujeres y los hombres más viejos avanzaban por el amplio paso llevando los pesados bultos y los niños, los jóvenes contenían bravamente el furioso ataque, desapareciendo poco a poco en el interior de la tierra. Cuando el último de ellos alcanzó la seguridad de la oscura caverna, dejaba tras de sí más de veinte de sus compañeros, muertos o moribundos.

* * *

Los cinco días que invirtieron en remontar la corriente del río subterráneo fueron de verdadera prueba, con los *glanwi* pisándoles los talones continuamente. Mientras los hombres útiles permanecían en la retaguardia, manteniendo continuas escaramuzas con sus tenaces perseguidores, los heridos, los ancianos y las mujeres se valían de sacos de cuero inflado como flotadores para el transporte del equipo y de ellos mismos sobre las aguas, mediante cuerdas de las que tiraban desde las orillas algunos jóvenes que se adelantaban a nado. El número de los perseguidos disminuía sensiblemente, e incluso los terrestres tuvieron una baja en la persona del desgraciado Mark Stevens, que desapareció en las negras aguas con la cabeza casi arrancada de cuajo por una descarga perforante. También la hermosa Talina pudo ver horrorizada como su padre era tragado por el río cuando apenas les faltaban unas horas para alcanzar la salvación.

Detrás de la imponente catarata que ocultaba el pasadizo luminoso pudieron, por fin, considerarse en relativa seguridad, ya que el enemigo no podía seguirles sino hombre por hombre, y resultaba sencillísimo cazarlos apenas aparecían tras la cortina de agua, bastante desorientados. Un pequeño grupo permaneció guardando este baluarte, mientras el resto, guiados por Sheila, corrían a situarse sobre la plataforma del transmisor de materia, a la espera de que funcionase.

El profesor Potter no daba crédito a sus ojos cuando, cumpliendo rutinariamente, ya sin esperanza alguna, la promesa que hiciera a sus amigos, vio aparecer, no a éstos sino a un numeroso grupo de personas donde un segundo antes no había sino aire.

Sus brazos no alcanzaban para estrechar a un tiempo, según era su propósito, a los tres que volvían después de casi tres meses de ausencia.

-¿Donde están los otros, Sam y Mark? ¿Quién son todos estos que vienen con vosotros? ¿Estáis dirigiendo una emigración en masa?

-Poco a poco, profesor. Ya le explicaremos. Ahora cierre rápidamente y no abra el transmisor si no quiere recibir visitas menos agradables.

-Llegáis justamente a tiempo para volver a casa. Dentro de quince días llega la nave de rescate, y ya estaba buscando una excusa para evitar que se me llevaran, aunque, francamente, no esperaba volveros a ver.

-¿Con que establecieron, por fin, contacto? ¡Espléndido! -y seguidamente Mike explicó a Potter sucintamente sus andanzas. Éste torció el gesto.

-¡Pobre Mark! Aunque le traté poco, creo que era una buena persona; que Dios le tenga en su gloria. Sabía que Gibson era un mal sujeto, pero, sinceramente, no le creí capaz de llegar a esos extremos. Yo creo que tus amigos -refiriéndose a los tyrinnios- pueden ser considerados como refugiados políticos, aunque -su tono expresaba cierta duda- ya sabes que esa modalidad hace tiempo que no se usa en la Tierra.

-Lo que sea, sonará, y no creo que podamos evitarlo nosotros. Oiga, cambiando de tema... ¡ejem!... -su rostro iba adquiriendo un pronunciado color magenta-. Bueno... ¿usted cree que en la nave vendrá algún sacerdote?

-¿Un sacerdote? ¿Para qué lo quieres, si puede saberse?

-Pues... para casarnos. ¿Para qué creía usted? -pregunto, ligeramente indignado, aunque no sabía con precisión por qué.

-¿Casaros? ¿Y con quién vas a casarte? -Potter andaba ligeramente despistadillo.

-¡Con Sheila, hombre, con Sheila! Pensamos hacer un viaje da bodas bastante original. Recorrido: Ganimedes-Tierra. Creo que inauguraremos la línea.

-No parece mala idea -el profesor había recobrado su perspicacia habitual-. Mi enhorabuena para los dos y no olvidéis que me corresponde ser el padrino. Pero -agregó, guiñando un ojo picarescamente-, ¿estás seguro de que tendremos *una* boda?

-¡Pues claro que sí! -Mike no había parado mientes en el retintín del científico-. Sheila está de acuerdo. Ya lo hemos decidido. ¿Por qué no ha de haberla?

-Porque -concluyó socarronamente Potter- creo que serán *dos*.

Y señalaba con la cabeza a la pareja Armstrong-Talina, que

parecían no estar precisamente a disgusto, muy juntos y sin darse cuenta de que eran el blanco de todas las miradas.

FIN